

SALVACION

por
Herbert W. Armstrong
Herman L. Hoeh
C. P. Meredith

Índice de materias

Capítulo primero

¿QUÉ ES LA SALVACIÓN? 1

Capítulo segundo

¿CUÁL ES EL GALARDON DE LOS REDIMIDOS — EL CIELO? 13

Capítulo tercero

LA UTOPIA VENIDERA... EL MARAVILLOSO MUNDO DE MAÑANA 23

Capítulo cuatro

¿ES ESTE EL ÚNICO DÍA DE SALVACIÓN?..... 29

Capítulo quinto

¿FUE EL "¡LADRON DE LA CRUZ" AL PARAÍSO INMEDIATAMENTE? 36

Capítulo sexto

¿DONDE ESTAN ENOC Y ELIAS?..... 39

¿Sabía usted que ni una sola persona de cada cien sabe lo que es la salvación — cómo se obtiene — cuándo se recibe? ¡Y usted, no se sienta tan seguro de que lo sabe! En este folleto, de una vez para siempre, se explica la verdad al respecto en forma tan clara y sencilla, que cualquier persona la entenderá sin dificultad.

Capítulo 1

¿Qué es la salvación?

¿Podría usted contestar satisfactoriamente las siguientes preguntas? Si alguien le pidiera abrir su Biblia y mostrarle exactamente donde dice que la salvación significa ir al cielo ¿podría usted hacerlo?

¿Es la salvación un lugar, un destino, una condición, una recompensa — o qué? ¿Qué pasaje de la Escritura citaría usted para comprobarlo? Y... ¿está usted seguro de ello?

¿Podría usted abrir su Biblia y mostrar a su interlocutor el pasaje que explica cuándo recibirá usted la salvación? ¿La recibe usted ahora, a su muerte, al retorno de Cristo, o cuándo exactamente? Este capítulo le mostrará claramente la verdad al respecto.

¿Recibe usted su herencia al momento de convertirse — o adquiere usted en ese momento únicamente el derecho de heredar? ¿Y qué es lo que se hereda?

¡Aclarémoslo!

La gente religiosa habla mucho de «alcanzar la salvación». No obstante, y por lo que se refiere a lo que la Biblia enseña acerca de la salvación, aun la mayoría de los religiosos no entienden más de lo que cierto jovencito entendía acerca de otra expresión religiosa muy común.

Este joven me dijo: «Yo entregué mi corazón al Señor en el servicio religioso celebrado anoche».

«Bien», le dije, «¿y qué significa para ti entregar tu corazón al Señor? ¿Cómo lo hiciste exactamente? ¿Te llevaste la mano al pecho, extrajiste tu corazón y se lo entregaste al Señor? ¿Y estaba Él allí realmente, en persona?»

«Bueno, mm — mm —, balbuceó confundido, «bueno, no, no hice eso».

«Entonces, ¿qué hiciste? ¿Cómo diste tu corazón al Señor?» El mozalbete balbuceó de nuevo, y entonces dijo que suponía que no sabía.

Eso es precisamente lo que les pasa a muchas personas que dicen: «Yo ya soy salvo». No saben lo que en efecto quieren decir con eso.

¿Sabe usted lo que la Biblia enseña acerca de la salvación? Millones de personas sinceras suponen que lo saben — sin embargo, han sido engañadas e inducidas a aceptar una salvación falsa.

¡Ya es tiempo de que entendamos los porqués, cómo y cuándo, para poder ver el asunto clara y llanamente, tal como está expresado en la Biblia! ¿Por qué lo más importante en la vida habría de ser algo vago, misterioso, supersticioso, sutil, absurdo?

Explicaré el asunto en forma bien clara, utilizando la Biblia como base. Por lo tanto, ¡prepárese para una sorpresa! Pero no me crea a mí — ¡crea a la Biblia!

¿Qué es la salvación?

Aunque la verdad tiene que provenir de la Biblia, la definición del diccionario ayudará un poco. El diccionario define el vocablo salvación así: «1. El acto de salvar al hombre de las consecuencias espirituales del pecado; especialmente la liberación del pecado y de la condenación eterna... 2. La preservación de la destrucción, el fracaso u otro mal... »

Ahora es preciso aprender la definición bíblica del pecado, y ver lo que las Sagradas Escrituras revelan son las consecuencias espirituales del mismo. Cualesquiera que sean dichas consecuencias, el diccionario dice que la salvación es la acción y efecto de salvarse de ellas — y esto lo afirma la Biblia.

Salvación significa asimismo preservación, y en esto también veremos que la Biblia confirma la definición.

Pero, ¿por qué necesitaría usted ser salvo de las consecuencias del pecado? Y, ¿por qué si es usted un alma inmortal, necesita ser preservado de la destrucción? ¿Qué tiene esto que ver con usted?

Supongamos que es usted de los que dicen: «Y no asisto a ninguna iglesia. No pretendo ser religioso. ¿Por qué habría de inquietarme toda esa terminología religiosa como 'pecado' y 'salvación' y consecuencias espirituales?»

¿Concierne esto solamente a las personas religiosas?

¿Por qué le atañe a usted?

El Omnipotente, quien diseñó, creó y sostiene la vida humana, incluyendo la suya, dice: «Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro. 3:23).

¡Eso lo incluye a usted!

Tal vez al momento usted no tiene una idea del significado de la expresión: «la gloria de Dios», una gloria que usted no puede alcanzar. Le aseguro que quedará asombrado cuando ello le sea aclarado.

Pero, sea lo que fuere el pecado, la Biblia dice que usted ha pecado. ¡Todos los humanos han pecado! Cristo, solamente, es la excepción. Usted no queda excluido. Y puesto que la salvación es el acto de salvar al hombre de las consecuencias del pecado (lo cual afirma la Biblia, como veremos más adelante), dejemos que la Palabra de Dios le diga cuáles son esas consecuencias.

Es muy claro y sencillo. Helo aquí: «La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Ro. 6:23).

Pero, ¿por qué ha oído usted — y posiblemente creído — exactamente lo contrario? Obsérvelo en su propia Biblia. Advierta que la retribución que usted recibe por pecar — la consecuencia del pecado — ¡es la muerte! ¿Por qué entonces son tantos los religiosos que enseñan precisamente lo contrario de lo que la Biblia afirma? ¿Por qué enseñan ellos que la paga del pecado es vida eterna en el infierno?

Precisamente aquí permítaseme aclarar una importante enseñanza de la Biblia. Algunos detractores nos han acusado de predicar «la salvación por medio de obras» — es decir, que nuestras «obras» nos ganan la salvación. Quede aquí bien asentado que sus obras, sus malas obras, sí ganan algo, pero no es la salvación lo que éstas ganan. La paga que devengan es muerte, y no salvación.

Así que aclaremos y establezcamos este punto antes de seguir adelante. La vida eterna no es algo que usted pueda ganarse, ¡es el don de Dios por medio de Jesucristo! ¡Tal es la clara enseñanza de su Biblia!

Quiero reiterar que su Biblia dice muy claramente que «la dádiva de Dios es vida eterna». Ahora bien, este mismo versículo dice (y todos los demás versículos relacionados con el tema están acordes) que lo que usted recibe por la gracia de Dios como su dádiva, es vida eterna. Dice que la vida eterna es algo que usted tiene que obtener como una dádiva de Dios. Por lo tanto, salvación de hecho es «vida eterna», ¡una dádiva! Pero, ¿sabía usted que muchos, en efecto, niegan que la vida eterna viene solamente como don de Dios, por gracia, y ello por medio de Cristo? Ellos dicen que usted ya tiene vida eterna. Sostienen que usted tiene un «alma inmortal».

¡Sí, todo esto es en verdad sorprendente!

¡Y es importante! ¡Es el punto clave de todo el asunto — de la vida — de la razón de la existencia! Si usted posee un alma inmortal, si ya posee vida eterna, entonces la Biblia no es veraz cuando dice que la vida eterna es un don de Dios. De acuerdo con la Biblia, lo que la persona «salvada» recibe como don de Dios por medio de Jesucristo, es vida eterna. La salvación es, pues, recibir algo que aún usted no tiene — vida eterna.

No obstante, muchas gentes son engañadas por una enseñanza muy popular que les hace creer que no necesitan salvarse de la muerte por la gracia de Cristo, por la sangre que Él derramó. Aquellos que proclaman tal enseñanza le aseguran que usted no necesita ser salvado de la muerte. Le dicen, al igual que Satanás cuando engañó a Eva, que usted de cierto no morirá — ¡que usted es — o tiene — un alma inmortal!

Pero entienda bien lo que su Biblia dice.

Es hora de que usted cese de creer los engaños de un mundo de profesado cristianismo. Escudriñe su propia Biblia. ¡Crea a Dios!

El porqué de su incapacidad.

¿Dice la Biblia en alguna parte que usted es, o tiene, un «alma inmortal»?

Durante años estuvimos ofreciendo mil dólares a quien pudiera mostrarnos el pasaje de la Biblia donde se hallaran las palabras «alma inmortal». ¡Nadie lo encontró jamás!

¿Por qué las personas religiosas hablan continuamente de su «alma inmortal», de «ir al cielo», de sus deudos que se encuentran ahora «con el Señor», y de muchas otras cosas de índole similar, que ellas suponen son las doctrinas básicas de la cristiandad; y sin embargo, jamás le muestran a usted tales enseñanzas en la Biblia? Ellos hablan de dichas enseñanzas como de cosas ciertas, y le hacen a usted creerlas; le inducen a suponer que provienen de la Biblia.

¿Qué enseñan las Escrituras acerca del alma? ¿Quiere leerlo usted en su propia Biblia? No acepte ciegamente mis palabras. No me crea a mí. ¡Crea a Dios!

Léalo en Ezequiel 18:4: «el alma que pecare, esa morirá». Sí, una vez más la paga del pecado es muerte. El alma que pecare morirá.

Esta verdad acerca del alma es tan importante que Dios hizo que se registrara dos veces en el mismo capítulo. Busque ahora el versículo 20. «El alma que pecare, esa morirá». Las almas no son inmortales. ¡Su Biblia dice que pueden morir!

Pero quien esté engañado quizás dirá: «Eso está en el Antiguo Testamento». Pero lea en el Nuevo Testamento que, «Toda la Escritura» — la que Timoteo conocía desde su niñez, que no era otra que la del Antiguo Testamento — «es inspirada por Dios» (2 Ti. 3:15-16).

Y también en el Nuevo Testamento: Jesucristo mismo dijo que debemos temer «más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mt. 10:28) — en el fuego infernal que los consumirá a ambos — que los hará morir — que destruirá lo que es quemado. Ciertamente la Biblia enseña que sí hay tal fuego infernal, mas no el fuego que quema a uno eternamente sin jamás consumirlo del todo. ¡Creamos a Jesucristo cuando Él dice que las almas pueden ser destruidas! ¡Estas no son inmortales!

¿Qué es un alma? Fíjese en Génesis 2:7: «... formó al hombre del polvo de la tierra... y fue el hombre un ser viviente». 1 Corintios 15:45 aclara el sentido real de este pasaje: «Así también está escrito [refiriéndose a Génesis 2:7] Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente...». El hombre es un alma. Lo que fue hecho del polvo de la tierra se convirtió en alma. El alma fue creada de la materia. El alma no es espíritu. Es material, y puede morir.

Quizá le sorprenda lo siguiente: No solamente es verdad que no existe en toda la Biblia la expresión «alma inmortal», sino que también es cierto que la palabra «inmortal» aparece tan sólo una vez en toda la Biblia (1 Timoteo 1:17) donde se hace referencia a Dios como un ser inmortal.

Y la palabra «inmortalidad» puede hallarse solamente cinco veces en toda la Biblia. En Romanos 2:7 usted leerá que es algo que debemos buscar. ¡Claro está! Es el don de Dios. Sólo Él la posee para darla. ¡Usted no necesita buscar lo que ya tiene! En 1 Corintios 15:53, y también en el versículo 54, la inmortalidad es algo con que los «salvados» se vestirán a la hora de la resurrección. En 1 Timoteo 6:16 se habla de Cristo resucitado y glorificado, el único de entre todos los nacidos de carne, que tiene inmortalidad. Y, finalmente, en 2 Timoteo 1:10, la inmortalidad es algo que Jesucristo sacó a la luz, que hizo accesible a nosotros, por medio del Evangelio.

Así pues, la Biblia enseña que el alma no es inmortal, sino mortal, sujeta a muerte, la cual es la paga del pecado.

Ahora bien, ¿adónde le conduce todo esto? ¡Volvamos a usted!

La Biblia dice que todos han pecado, incluso usted. La pena o castigo por ello es la muerte. Usted no nació con vida eterna inherente. Cristo dijo: «Lo que es nacido de la carne, carne es» (Jn. 3:6). De modo que usted es solamente carne mortal, material. Usted es «de la tierra — terrenal» (1 Co. 15:47). ¡La vida con que usted nació es meramente una existencia química, temporal! Su vida depende del aire que inhalan y exhalan sus pulmones — del aliento de vida.

Usted está a un soplo de la muerte — la cesación de la existencia que llamamos «vida». Si usted no respira el próximo aliento, no podrá mantenerse con vida o consciente por diez minutos más. No hay en usted ninguna alma inmortal que le mantenga con vida y consciente. Usted es un alma (Gn. 2:7; 1 Co. 15:4,5) que ha pecado y por lo tanto morirá, a menos que sea salvado de la muerte por la gracia de Cristo.

Si su corazón no da el próximo latido, no hay nada en usted que lo mantenga con vida diez minutos. Su existencia se debe a la aspiración del aire y a la circulación de la sangre, más el sustento que le proporcionan el agua y los alimentos. Usted sólo tiene una existencia química temporal. Usted es semejante a un reloj al que se le ha dado cuerda y se encuentra funcionando. Pero no sabe en qué momento se detendrá.

Usted no puede darse vida a sí mismo más allá de esta existencia química en desgaste. No hay vida eterna inherente en usted. Nada que usted haga podrá producirla, proveerla o ganarla. Usted no puede obtenerla por sus propias obras.

Lo que sus obras han hecho por usted es ganarle la pena de muerte. Y es muerte eterna — ¡castigo eterno! Y ese castigo no es martirio y sufrimiento mientras usted vive, sino destrucción final, total y eterna. En 2 Tesalonicenses 1:9, y refiriéndose a aquellos que rechazan la salvación de Dios, leemos: «los cuales sufrirán pena de eterna perdición... ¡Dios — y solamente Dios — tiene inmortalidad! En lugar de suponer desidiosamente y aceptar la pagana enseñanza de la «inmortalidad del alma», lea en 1 Timoteo 6:16 la verdad con sus propios ojos en su propia Biblia. El Cristo resucitado, y solamente Él, de entre todos los nacidos de la carne, tiene inmortalidad. Dios tiene inmortalidad — vida inherente en sí mismo (Jn. 5:26). Él ha dado también al Hijo, Jesucristo, el tener vida en sí mismo. Solamente Dios puede impartirle vida eterna a usted, y ello por medio de Cristo, tal como Él lo ha dispuesto.

Pero, ¿cómo acudirá usted a Dios? Sus pecados pasados no sólo le tienen condenado bajo pena de muerte, sino que también han levantado una barrera infranqueable entre usted y Dios. ¡Le han cortado todo acceso a Dios! ¡Léalo en su propia Biblia! «He aquí que no se ha acortado la mano del Eterno para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír» (Is. 59:1-2).

¿Cómo buscar a Dios?

Entonces, ¿cómo, si esta barrera se interpone entre usted y Dios, acudirá usted a Él para obtener vida eterna?

Isaías contesta: «Buscad al Eterno mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos... Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Eterno» (Is. 55:6-8).

Así que, ahora usted busca a Dios para obtener de Él vida eterna. ¡Usted se arrepiente! Abandona su camino de vida y se vuelve al camino de Dios — o al menos cree hacerlo. Pero, con todo, aún usted encuentra que todavía falta algo. ¡Aún está cortado, separado de Dios! ¡La infranqueable barrera está aún allí! ¿Sabe usted por qué? En este punto es preciso detenemos y averiguar qué quiere decir esa palabra «pecado». Hablando con sinceridad, ¿no le ha confundido un poco toda esta terminología religiosa? Usted oye hablar del «pecado», de «recibir salvación», de que estamos «bajo la ley» o «bajo la gracia», de «justificación», «santificación», «cielo», «infierno», «predestinación» y muchas otras expresiones similares. ¿No le han parecido demasiado vagas estas expresiones, o por lo menos, algo sin sentido? ¿Sabía usted que la mayoría de las personas religiosas que usan todos estos términos generalmente no saben más que usted sobre el verdadero significado de los mismos?

¿Qué significa «pecado»?

Comenzamos por citar el pasaje bíblico que dice: «Todos pecaron». Y dijimos que eso le incluye a usted. Pero, ¿qué es pecado? ¿Por qué, cuando los hombres predicán, no queda esto bien explicado, de tal manera que se pueda entender con facilidad? ¿Por qué la mayoría de las veces se usan todos estos términos religiosos irreflexivamente?

En cierta ocasión un joven, Biblia en mano, me salió al paso, mientras yo caminaba tranquilamente por la calle de una ciudad en el Estado de Oregón, EE.UU. Un evangelista estaba de visita en la ciudad y celebraba sus reuniones bajo una carpa que había erigido. Llevaba consigo un «quipo evangelístico» que incluía a algunos jóvenes de edad universitaria que recorrían las calles, portando Biblias y deteniendo a los transeúntes para invitarles a asistir a los servicios. Uno de ellos se acercó a mí.

«Bien», le dije, «¿enseña su evangelista que Cristo nos salva del pecado?» El jovencito me contestó afirmativamente.

«Muy bien», persistí, «pero yo quiero saber lo siguiente: ¿Qué es lo que tengo que dejar de hacer o qué es lo que he hecho que usted considera 'pecado'? En otras palabras, ¿qué es el pecado?»

«Pues», contestó él, «Cristo murió por nuestros pecados».

«Pero eso no me dice qué hice exactamente para que Cristo tuviera que morir por ello», insistí. «¿Qué es el pecado?»

«Cristo murió por nuestros pecados», respondió nuevamente el joven.

«Sí, lo sé - ya lo dijo usted antes. Pero, ¿qué es esa cosa, 'pecado', por la que Cristo murió? ¿Qué tengo que dejar de hacer? ¿Puede usted abrir esa Biblia que lleva en la mano y mostrarme la definición bíblica de la palabra 'pecado'? ¿Hay algún pasaje en la Biblia que nos dé una definición clara que diga 'el pecado es...' y luego en palabras sencillas nos diga qué es?»

Mi interlocutor llamó a uno de sus acompañantes, luego a un tercero y después a un cuarto. Finalmente, ya con un buen número de personas a nuestro alrededor llamaron al propio evangelista. Pero ni él pudo — o no quiso — dar la respuesta bíblica. No tardó mucho tiempo cuando todos, uno a uno, se escabulleron.

Entonces yo saqué mi Biblia del portafolio, busqué 1 Juan 3:4, y leí al grupo allí reunido lo siguiente:

«El pecado es la infracción de la ley».

¿Pero de qué ley? Eso lo explica Romanos 7, así que leí enseguida:

«¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley». En otras palabras, la ley define el pecado. El pecado es la violación de la ley. ¿Pero qué ley? Continuando en el mismo versículo: «porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás» (Ro. 7:7).

Allí claramente se nos dice cuál ley es pecado transgredir. Es la ley que dice: «No codiciarás». Y esto es una cita directa de Éxodo 20:17, en donde están registrados los Diez Mandamientos. De modo que esa ley es el Decálogo — los Diez Mandamientos. Es pecado quebrantar cualquiera de los Diez Mandamientos.

En los versículos 12 y 14 de este mismo capítulo 7 de Romanos usted leerá que la ley es santa, justa y buena, y que es una ley espiritual — ¡la ley de los principios espirituales que rigen la conducta humana, que rigen nuestras vidas!

Desde luego, toda la ley espiritual se puede resumir en la palabra amor — lo que a la vez puede dividirse en los dos Grandes Mandamientos: amor a Dios y amor al prójimo. Los primeros cuatro mandamientos del Decálogo nos dicen cómo amar a Dios, y los últimos seis cómo amar al prójimo. La Biblia toda elabora sobre, y muestra los principios comprendidos, hasta abarcar íntegramente el camino perfecto de vida.

Notemos ahora lo que dice Romanos 3:20: «Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado».

¡Desde luego que sí! El observar la ley no justificará a nadie. Todos hemos pecado. No podemos justificar la culpa en que hemos incurrido. Nuestra retribución, que es la muerte, ya la hemos devengado, y no podemos hacer nada para evitarla — ni por medio de obediencia, bondad, obras, o acción alguna de nuestra parte.

Entendamos esto claramente. La siguiente analogía nos ayudará a disipar cualquier duda. Casi todas las damas llevan en su bolso un espejo de mano. Cuando alguna señora saca su espejo y descubre alguna mancha en su rostro, ¿acaso pretende ella que con sólo mirarse en el espejo se limpiará el sucio? Ridículo, ¿verdad? ¡Claro que lo es! Con mirarse en el espejo, ella no limpiará la mancha que tiene en el rostro. ¿Por qué? ¡Porque el espejo sólo le indica que su rostro está manchado! Siguiendo la analogía, la ley de Dios es su espejo espiritual. Su Biblia lo dice muy claramente (Stg. 1:22-25). Usted

se contempla a la luz de la ley de Dios. Esta le muestra la impureza espiritual que hay en su corazón. Oír la Palabra de Dios que corrige y reprende (2 Ti. 3:16) y luego no hacer nada por quitar esa impureza espiritual, es hacer lo mismo que aquel que descubre por medio del espejo que su rostro está sucio, pero que se olvida luego de ello y no se ocupa en limpiarlo.

La ley de Dios es su espejo espiritual. Pero aunque en adelante se abstenga de ensuciarse más, no logrará limpiar la inmundicia que ya hay en usted. Evitar cuidadosamente incurrir en mayor penalidad hoy no borra la penalidad en que usted incurrió ayer y en su vida previa. Así pues, «por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él». ¿Por qué? — «porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado».

El pecado es «la infracción de la ley». Pablo jamás hubiera sabido que es pecado codiciar, si la ley no hubiese declarado: «No codiciarás». La ley sirve para decirnos qué es pecado. No para limpiarnos de nuestras transgresiones de ayer, o para borrar el castigo de los pecados que cometimos el año pasado.

No puede existir una ley, a menos que haya también un castigo por la violación de la misma. Y «donde no hay ley, tampoco hay transgresión» (Ro. 4:15), y no habría tampoco castigo — ni condena. Si la paga — el castigo del pecado es muerte, y la muerte es la pena, entonces sí existe una ley. Y de igual manera, si la ley no ha sido quebrantada, tampoco hay transgresión ni castigo y no necesitamos Salvador; no nos hace falta ser salvados de ningún castigo.

Ahora bien, ¿de dónde vino la ley? De nuevo, por medio de Santiago, Dios dice: «Uno solo es el dador de la ley» (Stg. 4:12). Ese Uno es Dios. Dios puso en vigor muchas leyes, las leyes de la física y la química entre otras. La gran ley de amor es una ley espiritual. Es el camino de la paz, la felicidad y de las buenas relaciones con Dios y con el prójimo. Es inexorable, una ley viviente, tan consolidada y activa como las leyes de la gravedad y de la inercia.

Mediante esta ley espiritual el Dios de amor y misericordia infinita proveyó el camino que conduce hacia todo bienestar deseado — paz, felicidad, prosperidad, seguridad, vida abundante. Quebrantar esa ley equivale a rechazar ese camino e ir por la senda equivocada de rivalidad, preocupación, desdicha, sufrimiento, y de muerte física, en muchos casos prematura. Y la paga final que usted recibe por seguir esa senda equivocada es la muerte eterna. ¡La muerte final y total — para siempre!

¡Sí, la paga del pecado es muerte! Pero hay esperanzas; ¡la dádiva de Dios es vida eterna!

Así que, la vida eterna sólo puede obtenerse de Dios. Por lo tanto, como dijimos ya, usted busca a Dios, pero encuentra una tremenda barrera impenetrable que le impide hallarle — los pecados que usted ha cometido. Mientras esos pecados no sean justificados, usted no podrá tener acceso a Dios.

Observar la ley no justifica.

Usted aún está separado de Dios.

En realidad, como veremos enseguida, usted no puede guardar la ley espiritual con una mente carnal. Y aun en el caso de que pudiera, ¡ello es tan sólo lo que se requiere de usted de ahora en adelante! Su obediencia actual no borra las transgresiones pasadas. Quien se halle convicto de haber cometido un crimen el mes pasado, no borra su sentencia — no paga su delito — guardando la ley durante el presente mes.

Todas las buenas obras que usted pueda hacer en el mundo — la más perfecta obediencia a la ley — no pueden justificar sus culpas pasadas.

Bien, y ahora, ¿dónde se halla usted? Al presente usted es una persona sumisa y obediente a la ley de Dios. O por lo menos trata de serlo. ¿Es esto necesario? ¡Ciertamente! Porque si desobedece — si quebranta la ley usted está incurriendo en más pecado. Cristo no nos salva en nuestros pecados, sino de nuestros pecados. Pero, ¿es justificado usted por su obediencia? ¡No! Una y mil veces, ¡no!

Sus obras — su observancia de la ley — aunque ciertamente son un requisito muy importante, aún no han justificado sus delitos pasados. Todavía no le han reconciliado con Dios. Usted no tiene, todavía, ningún acceso a Dios.

Y es imperativo que usted tenga acceso al solo Dios inmortal, quien puede impartir vida eterna, porque es el único que la tiene. Y de hecho, Él está deseoso de impartirla a todos aquellos que la anhelan y la busquen.

Pero, ¿cómo puede usted ganar acceso a Dios? ¿Cómo puede usted obtener la dádiva de vida eterna?

Cómo establecer contacto con Dios.

Ahora que usted ha dado el primer paso - ahora que usted se ha arrepentido - se le presenta un camino por el cual puede comunicarse con Dios, quien es el único poseedor de la vida eterna. El amor de Dios hacia este mundo de pecadores separados de Él, fue tan grande, que dio a su único Hijo. ¡Recuerde que Dios da la vida eterna por medio de Cristo!

Observe lo que dice el apóstol Pablo en Romanos 5:6: «Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos».

Jesucristo jamás quebrantó la ley de Dios. Él dijo: «Yo he guardado los mandamientos de mi Padre» (Jn. 15:10). Y dijo además que nos había puesto ejemplo para que hagamos lo que Él hizo. Él jamás incurrió en la pena de muerte; jamás se separó de Dios. Cuando voluntariamente pagó la pena de muerte, no lo hizo por sus propios pecados, pues Él nunca pecó. Él dio su vida en lugar de la de usted. Pagó la pena que a usted le correspondía pagar.

¡La vida que Él dio fue nada menos que la del Hacedor de todos nosotros! Pues Dios creó todas las cosas por medio de Jesucristo (Col.1:16). Todas las cosas, incluyendo a todos los humanos, fueron hechas por Él (Jn. 1:1-3). Por lo tanto, la vida que Él dio en la cruz fue más grande y de mucho más valor que la suma total de todas las otras vidas humanas. ¡Esa es la vida que murió por usted, que pagó el castigo que a usted le correspondía pagar!

Continuemos ahora en Romanos 5:8-10: «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre...»

¡Fíjese! «Estando ya justificados». ¿Cómo? ¡Por la sangre de Cristo! Si usted se ha arrepentido, y ha aceptado a Jesucristo como su Salvador personal, usted ya está justificado.

Donde muchos se extravían.

Es aquí precisamente donde muchos tropiezan y caen en error. Simplemente no entienden la terminología bíblica. El ser «justificado» no se refiere al futuro; tiene que ver solamente con sus delitos del pasado. Este término «justificado» no quiere decir «salvado», como veremos enseguida. No significa el don de vida. Significa el don de absolución de las culpas del pasado. Quiere decir que el castigo por los delitos del pasado ha sido pagado totalmente, a nombre de usted, por Cristo mismo.

La ley pesaba sobre usted. Reclamaba su vida. Usted estaba bajo la ley. Se requirió la vida de Cristo en pago de la de usted. El castigo ha sido pagado. La pena ha sido cumplida. Usted ya no se encuentra bajo la ley. ¡Esta ya no reclama su vida! Usted se halla ahora bajo gracia perdón inmerecido. Se le perdonó el pago de la pena en virtud de que Cristo la pagó por usted. Todo esto no es obra suya. Es el magno sacrificio de Cristo. Usted queda ahora absuelto — justificado. Su vida queda limpia de culpas pasadas.

En otras palabras, la barrera que se interponía entre usted y Dios ha sido removida. La ha quitado el hecho de que Cristo pagó la pena que a usted le correspondía pagar, y el que ahora usted le acepta como su Salvador personal. ¡Gracias al sacrificio de Cristo, a usted se le ha otorgado audiencia ante Dios — se le ha reconciliado con Él!

¿Salvado por su muerte?

Así que, continuemos: «Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos». ¡Advierta eso! Usted está ya justificado. El pasado está ya saldado — la pena pagada — se hizo ya el contacto con Dios. Pero, ¿está usted ya salvado?

Véalo otra vez. Dice: «seremos salvos». No expresa que ya somos salvos. El pasaje declara: «estando ya justificados», pero no dice: «estando ya salvados». Dice que «seremos» — sí, en el futuro — salvados. Eso pertenece todavía al futuro. Véalo con sus propios ojos. No me crea a mí. No crea a los predicadores que dicen que usted ya está salvado. ¡Solamente crea estas simples palabras que están en su Biblia!

Todo esto está bien claro, ¿no le parece?

Prepárese ahora para otra sorpresa. Note lo que dice el versículo 10: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo... ». Una vez más se nos dice que «fuimos reconciliados» - tiempo pasado. No por nuestras obras, sino por la muerte de Cristo. Cuando usted se ha arrepentido de verdad, ha abandonado su camino, buscado a Dios, aceptado a Cristo como Salvador y aceptado su muerte como pago por sus pecados pasados, entonces ya ha sido reconciliado. De manera que aquí la fraseología indica que fuimos reconciliados — tiempo pasado — con Dios por la muerte de su Hijo.

¿Qué fue efectuado por la muerte de Jesús?

Pagó la pena — borró su pasado pecaminoso — justificó sus culpas — le reconcilió con Dios. Pero, ¿le salvó a usted?

La Sagrada Escritura dice, continuando en la misma frase: «mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida».

¿Puede usted creer lo que ven sus ojos? ¡Helo ahí en su propia Biblia!

Ya reconciliados por la muerte de Cristo; pero, «seremos salvos». Ese es tiempo futuro. Aún no salvados, sino que seremos — en el futuro — salvados. Ahora bien, ¿se salvará usted por la muerte de Cristo? ¿Puede la muerte impartir vida? No hay en la ciencia ley más firme que la ley de la biogénesis, la cual dice que la vida proviene solamente de la vida. La muerte no puede impartir vida.

Bien, ¿Cómo, pues, seremos — en el futuro — salvados? ¿Por la muerte de Cristo? ¡No! ¡Adviértalo! «¡Seremos salvos por su vida!»

Después de que Cristo murió, Dios lo resucitó de entre los muertos. Somos salvos por su resurrección — por su vida — ¡por un Salvador viviente! Lea 1 Corintios 15:14-23.

¿Qué significa la expresión, «No más bajo la ley»?

¿Dónde se encuentra usted ahora? Hasta aquí ha ido progresando. Ahora tiene verdadera esperanza. Usted se ha arrepentido — ha buscado a Dios; ya abandonó su camino y se tornó al camino de Dios, conforme está definido en su ley y a través de toda su palabra. Ya ha aceptado a Jesucristo como su Salvador personal y su sangre derramada por la remisión de sus pecados. Ahora usted está reconciliado con Dios. Está ya justificado — perdonado de sus culpas pasadas. Está libre de la pena que se aplica a quien quebranta la ley.

Leamos ahora esta pregunta: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?» (Ro. 6:1). Usted está ahora bajo gracia — perdón inmerecido.

Usted merecía solamente la muerte. Usted no se ganó el indulto — el perdón — de la pena de muerte. Lo recibió por gracia mediante Jesucristo.

¿Continuará usted entonces en pecado — es decir, continuará transgrediendo la ley? La respuesta es: «En ninguna manera» (Ro. 6:2).

Cuando todo el peso de la ley recaía sobre usted, reclamando su castigo, usted estaba bajo la ley. Pero cuando Cristo pagó el castigo y satisfizo las reclamaciones de la ley, usted, al aceptarle como Salvador suyo, no estuvo más bajo la ley, sino bajo gracia. ¿Significa eso que usted no tiene la obligación de obedecer la ley — que usted tiene licencia para pecar — para quebrantar la ley? Recuerde que el pecado es la transgresión de la ley.

Ahora lea en su Biblia lo siguiente:

«¿Qué, pues? ¿Pecaremos» — es decir, según la definición de la Biblia, quebrantaremos la ley — «porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado»

— quebrantando la ley — «para muerte» — el castigo por desobediencia a la ley de Dios — «o sea de la obediencia para justicia?» (Ro. 6:15-16).

¡Helo ahí! No hemos de rebelarnos nuevamente contra la inexorable ley de amor de Dios — su camino de vida. Si lo hacemos, nos colocamos otra vez bajo la ley —automáticamente volvemos a estar sentenciados a muerte. Jesucristo no murió para darle a usted licencia de continuar en sus transgresiones a la ley. Cuando usted acepta, por la gracia de Cristo, la remisión de los pecados, es solamente por pecados que cometió en el pasado. Usted no puede obtener por anticipado la remisión de todas las transgresiones a la ley que tal vez cometa en el futuro.

Léalo en su Biblia: «A quien Dios puso como propiciación... a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados» (Ro. 3:24-25).

Sólo tenemos perdón de las culpas pasadas — no licencia para quebrantar la ley en el futuro.

¿Pero acaso significa esto que a partir de ese momento debe usted llevar una vida perfecta? Encontrará que tal proeza es imposible de realizar. Sí deberá usted cuidarse de nunca volver a un estado de desobediencia voluntaria y continua. Pero los errores que llegue a cometer en el futuro deben — y pueden — ser perdonados, siempre y cuando usted continúe esforzándose, con la ayuda de Dios, por llevar una vida de obediencia hacia Él.

¿Por qué algunos fanáticos religiosos enseñan hoy en día que no incurren los cristianos en delito alguno si continúan quebrantando la ley? ¿Por qué dicen ellos que la gracia significa licencia para desobedecer la ley de Dios? No es de extrañar que Dios estimara necesario advertirnos por medio de Judas, que luchemos ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos por Jesucristo, porque, como leerá en Judas 3-4, han entrado encubiertamente ciertos individuos, engañando a algunos, convirtiendo en libertinaje la gracia de nuestro Dios.

¿Perdonaría un gobernador al reo convicto de asesinato para que continuase asesinando a más y más gente? El misericordioso perdón de Dios — su gracia — nos fue otorgada a causa de nuestro arrepentimiento, porque hemos manifestado sincero deseo de volvernos de nuestros inicuos caminos de libertinaje.

Así pues, de aquí en adelante, tenemos que obedecer — para justicia (Ro. 6:16).

Sin embargo, usted no puede, de su propia fortaleza, guardar espiritualmente la ley espiritual. Entendamos bien esto!

Cómo obtiene usted vida eterna

Usted ya logró tener acceso a Dios. Usted es mortal, poseyendo tan sólo una existencia química temporal. Únicamente Dios tiene vida eterna. Usted sabe que la vida puede provenir solamente de la vida — no de la muerte. Entiende que la muerte de Cristo pagó la pena de sus culpas pasadas — la misma le reconcilió con Dios le dio acceso directo a Dios. Ahora, ¿cuál es el siguiente paso?

Ahora es preciso que usted reciba como regalo de Dios la vida eterna. ¿Pero cómo?

Jesucristo dijo que era necesario para nosotros los mortales, que Él fuese al trono del Padre en el cielo (Jn. 16:7) a fin de enviarnos el Espíritu Santo de Dios.

Esto requería a un Cristo resucitado y viviente. De manera que después de su crucifixión y resurrección, Jesús ascendió al trono de Dios, quien gobierna el universo entero (Ap. 3:21). Luego, cincuenta días después, durante la fiesta anual de Pentecostés, el Espíritu Santo vino para penetrar en las mentes de todos los que sinceramente se habían arrepentido de su rebelión hacia Dios y su camino, y que habían sido reconciliados con Él — que habían ganado acceso — por medio de la fe en la sangre derramada de Cristo para la remisión de pecados pasados (Hch. 2:1-4). Estos primeros discípulos recibieron el Espíritu de Dios mediante la obra del Cristo resucitado glorificado, viviente. El Espíritu del Padre es también el Espíritu de Cristo. De modo que éste era realmente el Cristo viviente mismo, entrando en ellos — ¡no en persona, sino en espíritu! ¡Cristo es un Salvador viviente que hace su obra de salvación desde lo interior, en el corazón, en la mente de la persona!

¡Entendamos ahora el punto de enlace!

En ese día anual de Pentecostés celebrado en Jerusalén miles de espectadores se maravillaron cuando los discípulos recibieron el Espíritu Santo. Pedro pronunció un sermón explicando este fenómeno (Hch. 2:14-36). Los presentes se conmovieron en su corazón y exclamaron, «¿Qué

haremos?» Pedro dio la respuesta — tanto para usted y para mí en nuestros días como para los de su tiempo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros», demostrando así su fe en Cristo, «y recibiréis el don del Espíritu Santo».

Dios nos imparte vida eterna mediante su Espíritu. Cuando nos arrepentimos y nos bautizamos, Él nos da su Espíritu, es decir, nos engendra; implanta en nosotros el germen de vida eterna.

Si el Espíritu Santo de Dios de hecho mora en usted, entonces de la manera que Dios levantó a Cristo de entre los muertos, así Él — al tiempo de la resurrección — también hará inmortal (vivificará, es decir, dará vida eterna) su cuerpo mortal por medio de su Espíritu que mora en usted (Ro. 8:11). Pero (versículo 9), si el Espíritu de Cristo no mora realmente en usted, usted no es cristiano — ¡no importa a cuántas iglesias se afilie usted!

El Espíritu Santo de Dios es su propia vida. ¡Y es mediante el Espíritu que Dios imparte su vida a usted! Y como veremos enseguida, ¡le imparte mucho más que eso!

Dios no se engaña a sí mismo

Al llegar aquí, hay un punto más que debemos entender. El Espíritu Santo es amor espiritual divino — el amor de Dios que fluye hacia usted procedente del Todopoderoso, por medio del Cristo viviente (Ro. 5:5). Jesús explicó cómo hemos de allegarnos a Él y beber de su Espíritu, como si bebiéramos agua viva. Y explicó también que este mismo Espíritu Santo fluiría de dentro de nosotros como ríos de agua viva (Jn. 7:37-39) — como torrentes de amor hacia Dios y hacia nuestros semejantes.

Para simplificar lo anterior, es preciso recordar que la ley de Dios es una ley de amor — amor hacia Dios, manifestado en reverencia, adoración y obediencia, y amor hacia el prójimo, expresado en servicio, bondad, generosidad. Se requiere de amor para cumplir — para ejecutar la ley. Usted puede confirmar esto leyendo Romanos 13:10.

Pero, ¿recuerda usted que leímos en Romanos 7:14 que la ley de Dios es una ley espiritual? La ciencia conoce solamente lo que concierne a las leyes físicas. Los humanos somos mortales — materia. Solamente tenemos capacidad para el amor material: el amor de un padre por su hijo, el amor entre esposos, o el amor entre parientes y amigos en general. También nacimos con la capacidad de experimentar envidia, celos, odio.

¡Pero esta ley espiritual solamente puede cumplirse y obedecerse espiritualmente por medio del amor espiritual! Usted no nació con ese amor. ¡No posee, de manera natural, el amor especial que se requiere para guardar verdaderamente esta gran ley espiritual!

Usted tiene que acudir a Dios para obtener ese amor especial. Él se lo da por medio del Cristo viviente, pero es su propio amor. Emana directamente de Él.

Pero entendamos bien. La verdadera justicia es la observancia de «todos tus mandamientos» (Sal. 119:172). Es cumplir la ley espiritual de Dios con el amor espiritual que solamente Dios puede dar.

Una vez establecido el contacto con Dios, usted bebe de Él ese amor espiritual. Luego ese amor sale (fluye) de usted «como ríos de agua viva». El agua de los ríos corre en cierta dirección guiada por el cauce del río o canal. La ley de Dios es ese cauce que guía la corriente — la expresión — la dirección en que fluye el amor divino. La ley de Dios es el camino del carácter espiritual perfecto — el carácter mismo de Dios.

Así que, el Espíritu por el que Dios le otorga su vida, su salvación — es también su propio amor que le imparte su justicia. Ya no es usted, solo, y de su propio poder y fortaleza quien «guarda los mandamientos», sino que es, espiritualmente hablando, Cristo, viviendo en usted, el que está guardando los mandamientos de su Padre, así como Él los guardó por medio de este mismo amor divino cuando vivió aquí sobre la Tierra en calidad de ser humano.

¿Puede usted, entonces, jactarse, vanagloriarse, sentirse complacido por su justicia? No — no es su justicia ¡es la justicia de Dios! Si Cristo, por su gracia, borró su pasado pecaminoso, le dio acceso a Dios, y ahora derrama en y a través de usted el amor espiritual que guarda la ley, todo eso no es su justicia, sino la de Dios.

Y nada de esto es por «sus obras». No es nada que usted se gana.

Dios no se «engaña a sí mismo. Algunos maestros religiosos le dirán que Cristo vivió una vida justa por usted hace más de 1.940 años. Y en virtud de que, según dicen ellos, usted «no puede guardar la ley», Dios le «atribuye» la justicia de Cristo de hace diecinueve siglos por medio de una especie de «auto-engañó» mediante el cual usted aparece ante Él como justo, mientras que por otra parte se le da licencia para seguir siendo un criminal espiritual que continúa quebrantando su ley. Pero no se engañe. Dios no le atribuye a usted lo que usted no tiene.

Al contrario, el Cristo viviente nos hace justos por medio de su poder. Él nos imparte poder para que de hecho lleguemos a ser justos. Y eso es obra de Cristo, no nuestra.

¿Por qué no al cielo ahora?

Una vez más volvamos a usted.

En primer lugar, hay dos cosas que usted tiene que hacer. En aquel día de Pentecostés después de que Cristo hubo ascendido al cielo, muchos de los que se habían sumado a la turba clamando a voz en cuello ¡«crucifícale»!, durante el juicio ante Pilato, se conmovieron profundamente y fue grande su temor cuando escucharon el inspirado sermón de Pedro. Entonces clamaron: «¿Qué haremos?» Ellos también, se sentían desamparados e imposibilitados.

«Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo», fue la inspirada respuesta (Hch. 2:38).

Tome nota de ello. Usted tiene que hacer dos cosas:

1) Arrepentirse — volverse de su camino, y tornarse al camino de Dios — ¡a su ley! Usted se arrepiente de sus pecados. El pecado es la transgresión de la ley espiritual.

2) Bautizarse. El eunuco etíope, al acercarse al lago, preguntó a Felipe: «¿Qué impide que yo sea bautizado?» «Si crees de todo corazón, bien puedes», fue la condición que le impuso Felipe (Hch. 8:36-37). El arrepentimiento es hacia Dios, porque la ley viene de Dios, pero la fe es hacia Jesucristo (Hch. 20:21). Se nos manda expresar nuestra fe en el sacrificio expiatorio de Cristo mediante el bautismo. (Solicite nuestro folleto gratuito titulado: Todo acerca del bautismo.)

Esto es, entonces, lo que hace posible nuestro contacto con Dios. Esto es lo único que usted, de sí mismo, puede hacer. Ha alcanzado el límite de sus fuerzas. Pero ahora Dios interviene.

3) Recibiréis el don del Espíritu Santo. Ese es el don de Dios. Es la presencia de vida eterna en usted. Y ello sujeto a ciertas condiciones.

Si de ahora en adelante usted sigue fielmente el camino de Dios — el camino por el que dirige el Espíritu Santo — usted viene a ser un hijo engendrado de Dios. «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Ro. 8:14).

«Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Jn. 3:2).

¡Entienda bien esto! Usted es ahora una persona convertida — cambiada — porque el Espíritu de Dios (Ef. 4:23) produce una renovación de su mente. Todo su concepto y la dirección de su vida han sido cambiados. El Espíritu de Dios es la vida misma de Él impartida a usted. Ahora Dios le ha engendrado como hijo suyo.

Pero aún no se ve lo que usted finalmente será. Este pasaje no dice «dónde ha de ir usted» — o «dónde estará». Esta escritura está hablando de una condición, no de un lugar. Indica ¡«lo que hemos de ser»! La salvación es asunto que tiene que ver con su condición en el futuro, no con su ubicación. El propósito de Dios es cambiarle, transformar el carácter vil que tiene usted ahora en el glorioso carácter que Él posee — ¡no cambiarlo del lugar en que se encuentra usted ahora!

Pero usted ya es un hijo engendrado de Dios. Ahora puede llamarle Padre — por todo el tiempo que usted permita ser guiado por el Espíritu de Él — pero ni un minuto más (He. 10:26-27).

Y hay todavía otras condiciones. Usted tiene que crecer espiritualmente (2 P. 3:18). Es «al que venciere», a quien Cristo le dará que se siente con Él en su trono (Ap. 3:21). Si usted vence su propia naturaleza carnal, al mundo y al diablo, y guarda las «obras de Cristo» (no sus propias obras, sino las

de Cristo — por el Espíritu de Él en usted), entonces usted reinará y gobernará a todas las naciones con Él, en el feliz mundo de mañana.

La verdadera vida cristiana es, en realidad, una vida de victorias, de crecimiento espiritual — pero es la única vida feliz — ¡la vida abundante aquí sobre la Tierra y desde ahora mismo! Pero, tenemos que perseverar y permanecer fieles, ¡porque solamente el que perseverare hasta el fin será salvo! Léalo en su Biblia — Mateo 10:22; 24:13; Marcos 4:17; Juan 6:27; 1 Corintios 9:24-27; Hebreos 10:26-27.

La vida cristiana

El solo hecho de que la vida de un cristiano es una de lucha, perseverancia y crecimiento espiritual, indica que nadie es ya perfecto por el hecho de haberse arrepentido, de tener fe en Cristo y de haber recibido el Espíritu Santo de Dios.

Dije con anterioridad que al convertirse, le son perdonados sus pecados pasados. Y esto es muy cierto. Con ello no se le da licencia de pecar en lo futuro.

El cristiano recién convertido es aún mortal — aún carne y hueso — aún humano. El Espíritu Santo de Dios ha entrado en su mente, y le hace partícipe de la naturaleza divina. Pero la nueva naturaleza divina no echa fuera de la persona su antigua naturaleza humana. Esta se encuentra todavía allí, en la persona.

El cristiano apenas convertido ha visto efectuarse un cambio en su mente. Antes de su conversión él amaba el pecado — ¡ahora lo odia! Pero sigue siendo víctima de muchos hábitos. Él se va a descuidar unas veces, y, obedeciendo al hábito quizás antes de que se dé plena cuenta de ello, habrá incurrido en algún pecado. O quizás, debido a la debilidad humana, y a causa de que no ha llegado a estar aún en contacto constante con Dios mediante la oración, puede sucumbir a alguna tentación, y con ello, pecar. Más tarde se arrepiente — siente remordimiento. ¿Puede acaso ser perdonado? ¡Por supuesto que sí! Lea 1 Juan capítulos 1 y 2.

Mientras el cristiano realmente quiera en su corazón obedecer a Dios, y vivir a la manera de Él, Dios mira el corazón de la persona, y al arrepentirse ésta, la perdona.

Pero quiero hacer hincapié en el hecho de que no se nos da licencia para que permitamos que renazca en nosotros el deseo de pecar, ni para que llevemos una vida de un pecado tras otro y luego queramos aducir que ya fuimos perdonados de antemano. Jamás se perdona el pecado por adelantado. El perdón se otorga siempre por pecados pasados. Pero si Cristo dijo que nosotros debemos perdonar setenta veces siete, ¿acaso Él no hará lo mismo?

Así que, por última vez, volvamos a usted. ¿Dónde estamos ahora? Usted ha sido convertido; su mente, su concepto, su actitud, y la dirección de su vida han sido cambiados. Usted ha sido engendrado como hijo de Dios. Ahora tiene vida eterna morando en usted, mientras sea guiado por el Espíritu de Dios, mientras siga el camino de Dios, y siempre que usted se mantenga en contacto y comunión con Dios (1 Jn. 1:3). Y todo lo ha recibido por la gracia de Dios, como una dádiva. No es algo que usted haya ganado por sus obras. Y si usted continúa venciendo, creciendo espiritualmente — lo cual sólo se logra por medio del poder de Dios — usted heredará el Reino de Dios, y será hecho inmortal para vivir por siempre en incomparable dicha y felicidad.

Capítulo 2

¿Cuál es el galardón de los redimidos — el cielo?

ESTO talvez le sorprenda un poco, pero quiero hacerle dos preguntas muy importantes: ¿Escudriñó usted su Biblia para ver si realmente dice que usted va a ir al cielo, en caso de alcanzar salvación? ¿Examinó su Biblia alguna vez para ver qué revela acerca de lo que los redimidos en Cristo habrán de heredar por la eternidad?

Dios hace una promesa

Quiero que se entere de una declaración que aparece en su Biblia, y que es, entre todos los pasajes de este maravilloso libro, el menos entendido, aún por aquellos que se precian de conocer las Sagradas Escrituras. La citada declaración se halla en Gálatas 3, versículos 16 y 29. Fue escrita primordialmente para los gentiles ya convertidos que se hallaban en Galacia.

«A Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente... y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa».

El cristiano no está todavía en posesión de su recompensa. Es un heredero presunto, y lo que heredará, si logra la salvación, es la promesa hecha a Abraham. Cualquiera que sea la recompensa de los redimidos, cualquiera que sea el lugar donde pasemos la eternidad si somos salvos, es una promesa de Dios definida y precisa, la cual fue hecha a Abraham, quien es llamado, en esta misma epístola que fue escrita para los gentiles convertidos de Galacia, el padre de los fieles. Si un individuo es convertido, ya sea judío o gentil — sin importar raza, color o sexo — sí es de Cristo. Viene a ser uno de los hijos de Abraham y heredero de la promesa hecha a éste. Entonces lo que el cristiano va a heredar es lo que fue prometido a Abraham.

Si usted quiere examinar su Biblia hasta hallar lo que Dios prometió a Abraham y averiguar cuál es la recompensa destinada para aquellos que sean salvos, ¡prepárese para una tremenda sorpresa! No hay en su vida cuestión más importante, porque tiene que ver con su futuro por toda la eternidad. A pesar de ello, tal vez usted nunca pensó en buscarlo realmente de su propia cuenta, en su propia Biblia.

La declaración que leímos en la epístola a los Gálatas, en realidad resume el todo del Evangelio. Expresa en forma condensada el propósito y plan de Dios para la humanidad. ¡Su esperanza de vida eterna — de salvación — depende por completo de lo que se afirma en este pasaje que ha sido tomado en sentido tan erróneo!

Cristo confirmó la promesa

A fin de entender esta importantísima cuestión, veamos lo que está escrito en Romanos 15:8: «Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres».

Al traer Jesús un nuevo mensaje, el Evangelio, vino a confirmar las promesas hechas a los padres. Pero, ¿quiénes fueron los padres? ¿Y cuáles son las promesas que les fueron hechas? — ¿El cielo? ¡Su salvación depende de la respuesta a estas preguntas! Usted puede leer en Hechos 3:13 las inspiradas palabras del apóstol Pedro cuando dijo: «El Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su Hijo Jesús». Vemos que los padres fueron Abraham, Isaac y Jacob. Si usted es de Cristo, si es cristiano, va a heredar lo que fue prometido.

Esa promesa hecha a Abraham es importante. Sea lo que fuere, eso es lo que usted heredará si recibe salvación. El relato de dicha promesa lo encontramos en el libro de Génesis.

Empieza en el capítulo 12 de Génesis, versículo 1: «Pero el Eterno había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré».

Abraham entra en escena

Primeramente, Dios llamó a Abram — como se llamaba anteriormente — a salir de la tierra de Babilonia donde vivía (símbolo de la Babilonia espiritual en que vivimos hoy, pues Dios nos llama a usted y a mí a salir de este mundo, ¡de esta Babilonia!). Abraham no se valió de pretextos ni argucias. El texto dice: «Y se fue Abram como el Eterno le dijo». Partió a cierta tierra que Dios le indicó, ¡la tierra que ahora conocemos como Palestina! Abraham obedeció. ¡Partió inmediatamente! Sí, usted y yo debemos tener esa misma actitud de obediencia si hemos de heredar, con Abraham, la mencionada promesa.

Hoy en día la humanidad no tiene idea de lo que está reservado para los redimidos en Cristo. La herencia que a usted le espera — si se rinde a Dios como Abraham, excede en mucho a cualquier cosa que su mente haya concebido.

Como leemos en 1 Corintios 2:9: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman». La herencia que Dios ha preparado para usted no puede ni siquiera ser concebida por la mente natural de hombre, pero Dios lo revela a nosotros, como se lee en el versículo 10 de este capítulo 2 de 1 Corintios, «por el Espíritu».

Ahora bien, ¿qué le prometió Dios a Abraham?

La contestación se encuentra en Génesis 12:6-7: «Y pasó Abram por aquella tierra hasta el lugar de Siquem hasta el encino de More; y el cananeo estaba entonces en la tierra. Y apareció el Eterno a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra». Vemos pues que la promesa fue la tierra de Palestina como herencia.

La tierra prometida

Continuemos leyendo en Génesis 13, versículos 14 y 15: «Y el Eterno dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur y al oriente y al occidente; porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre». La tierra donde se hallaba Abram era la tierra de Canaán que ahora llamamos Palestina. Esa, entonces, es la tierra prometida.

Pero ¿por cuánto tiempo? ¡Para siempre! La donación de la herencia va a ser una donación eterna, la cual de necesidad implica vida eterna.

Si alguien hereda una porción de tierra, la escritura tiene que describir los lindes exactos de la propiedad. ¿Se da en esta escritura tal descripción de la tierra que esperamos heredar?

Génesis 15:18: «En aquel día hizo el Eterno un pacto con Abram diciendo: A tu descendencia daré esta tierra desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates». Desde el Nilo en Egipto, hasta el Éufrates en el Cercano Oriente.

Todos hemos tenido oportunidad de ver los mapas que se publican en diarios y revistas, de manera que sabemos dónde está dicha tierra, y estoy seguro de que todos sabemos que no está arriba en algún lugar en los cielos, sino precisamente sobre la Tierra. Si somos de Cristo, linaje de Abraham somos y herederos según la promesa, y la promesa — la promesa de herencia eterna — es la tierra de Palestina, desde el Nilo hasta el Éufrates, ¡aquí en la Tierra! ¡Que Dios nos ayude a poner nuestra confianza en su palabra y no en las fábulas de los hombres!

(Hay que agregar aquí que otros pasajes bíblicos indican que el territorio del reino de Cristo habrá de extenderse y esparcirse hasta incluir finalmente toda la Tierra. Vea Romanos 4:13.)

Obediencia antes de recibir la herencia

Al hacer esta pregunta a Abram, Dios la condicionó sobre obediencia. Abraham obedeció. Primeramente, dejó su tierra nativa, sus amigos y familiares, sus antiguos hábitos y maneras de vivir. Abandonó todo y se fue al lugar que Dios le indicó. Una vez más Dios condicionó las promesas sobre

obediencia. A Abram se le ordenó sacrificar a su único hijo Isaac. Y una vez más él no se detuvo a razonar, a poner excusas, o rebelarse — ¡él obedeció! Dios no tomó al hijo; meramente quería la buena voluntad de Abraham de obedecerle, en fe y por medio de la fe.

« “Vuestro galardón es grande en los cielos” »

¿Qué quería decir Jesús cuando dijo a sus discípulos, «Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos» (Mt. 5:12)? Y, ¿por qué dijo Cristo, en sólo unos cuantos versículos antes, «Bienaventurados los mansos porque ellos recibirán la tierra por heredad» (ver. 5)? ¿Van al cielo a recibir su galardón algunos de los redimidos (los «perseguidos»; véanse vers. 11 y 12), mientras que los mansos heredan la Tierra? ¿O se contradijo Jesús?

El apóstol Pedro fue inspirado a escribir: «Bendito el Dios y Padre de nuestro señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer [engendrar de nuevo] para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible [que no se marchita], reservada en los cielos para vosotros» (1 P. 1:3-4). Dense cuenta de lo que significa. El galardón o recompensa de los redimidos — la herencia de los verdaderos cristianos — está reservado en el cielo. Allí es donde se guarda en el momento actual.

Pero, ¿los cristianos han de ascender al cielo para recibir su galardón? Jesucristo lo explica en el libro de Apocalipsis: «He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (Ap. 22:12). Cuando Cristo venga del cielo la segunda vez traerá la recompensa de los redimidos consigo. Aunque ahora está temporalmente reservado en el cielo, Jesús llevará el galardón de los santos (de los cristianos) a esta misma Tierra. El profeta Daniel escribió: «... y que el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán» (Dn. 7:27).

Jesús no dijo que los cristianos heredarán su galardón en el cielo. Más bien, la recompensa — la autoridad, un oficio de poder en el Reino de Dios — se está reservando temporalmente en el cielo porque allí es donde está Jesús. Pero ésta será llevada a la Tierra donde Jesús premiará a sus santos en el Reino de Dios con funciones de gobierno y autoridad sobre las naciones.

Pero ahora veamos si después de que Abraham hubo obedecido — después de que fue puesto a prueba y hallado fiel — hubo algunas condiciones adicionales a la promesa.

Leamos Génesis 22:15-18: «Y llamó el ángel del Eterno a Abraham por segunda vez desde el cielo, y dijo: Por mí mismo he jurado, dice el Eterno, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo, de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos: en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra por cuanto obedeciste a mi voz».

Ahora fue incondicional. Abraham había hecho ya su parte en este pacto. Y por eso, ahora todo aquel que quiera, cualquiera que sea su nación de procedencia, puede venir y tomar de las aguas de vida, gratuitamente, porque Dios ha mantenido su promesa, y Cristo, la Simiente prometida ha venido.

Sí, la promesa es ahora absolutamente cierta. ¿Por qué? Porque, como leemos más adelante en Génesis 26:5, «Por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes». Una vez más permítaseme decir que el pecado es la transgresión de la ley, la misma ley espiritual, fundamental, eterna que Adán transgredió cuando pecó, y las mismas leyes y mandamientos que Abraham obedeció y guardó — mucho antes de los sacrificios y ritos de Moisés — haciendo posibles todas las bendiciones que tenemos hoy, tanto materiales como espirituales.

Ahora recuerde que Isaac y Jacob también fueron incluidos en «los padres». De manera que estas mismas promesas fueron hechas también a ellos.

Nótese que en Génesis 26, versículos del 1 al 3, dice:... Y se fue Isaac a Abimelec ... y se le apareció el Eterno y le dijo: No desciendas a Egipto: habita en la tierra que yo te diré. Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo, y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramento que juré a Abraham tu padre. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente; por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes».

Y de nuevo hallamos que la promesa fue hecha a Jacob, según aparece consignada en Génesis 35:9-12: «Apareció otra vez Dios a Jacob... [y] le dijo... Tu nombre es Jacob; no se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel será tu nombre... Yo soy el Dios omnipotente: crece y multiplícate; una nación y un conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos. La tierra que yo he dado a Abraham y a Isaac, la daré a ti: y, a tu descendencia después de ti daré la tierra».

Aun los gentiles por nacimiento, vienen a ser, por medio de Cristo no solamente simiente de Abraham, sino también israelitas adoptados espiritualmente.

Las promesas fueron hechas a Abraham, Isaac, y Jacob y a su simiente. Sus descendientes son israelitas, no gentiles. Se tiene la idea errónea hoy en día de que el cristianismo es una religión gentil. Pero Jesús dijo claramente, «La salvación viene de los judíos» (Jn. 4:22). O como lo escribió el apóstol Pablo: «Al judío primeramente y también al griego» (o gentil) (Ro. 2:10). La promesa del cetro mediante la cual Cristo y la salvación fueron prometidos, fue a la Casa de Judá, cuyos integrantes fueron llamados judíos. La Biblia revela que el pacto y las promesas pertenecieron solamente a Israel. Por lo que leemos en Romanos 9:4: «que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas».

Los cristianos son herederos de la promesa

¿Cómo habrían de ser bendecidas entonces todas las naciones por medio de estas promesas? Para los gentiles nacidos en Galacia, Pablo dijo: «Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa» (Gá. 3:29). Ahora permítaseme preguntar: ¿Qué esperanza tiene cualquier gentil, que no ha venido a ser israelita por adopción espiritual, mediante Cristo? ¡Absolutamente ninguna! A los gentiles en Éfeso, Pablo escribió, según dice en Efesios 2, versículos 11 y 12:

«Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne,... estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel, y ajenos a los pactos de la promesa».

Este pasaje no refleja que el cristianismo sea una religión gentil. No indica que el Nuevo Pacto sea un pacto con los gentiles. Cuando estos efesios eran gentiles — antes de ser israelitas por medio de Cristo — ¡eran «extranjeros a los pactos de la promesa» y estaban «sin esperanza, y sin Dios en el mundo»!

Pero veamos ahora el versículo 13: «Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo». Y el versículo 19 agrega: «Así ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios». ¡Oh qué glorioso e incomparable privilegio! ¡Qué honor tan grande el ser miembro de la familia de Dios — de poder llamar al Eterno Creador nuestro Padre! Para el no convertido, Adán es su padre humano y Satanás su padre espiritual. Pero, por medio de Cristo, Abraham viene a ser nuestro padre en la carne — y Dios nuestro Padre espiritual.

Porque leemos en Gálatas 3:7: «Sabed Por lo tanto, que los que son de la fe, éstos son hijos de Abraham». Por eso es que Abraham es llamado el «padre de los fieles» ya sean judíos o gentiles.

Otra vez en Romanos 8:14 se nos dice: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios». Sí, hijos concebidos ahora — que llegarán a ser hijos nacidos al tiempo de la resurrección, cuando hereden el Reino de Dios. El Reino de Dios es la familia de Dios; es una gloriosa afinidad de familia. ¡Tan magnífica herencia supera a cualquier cosa que su mente haya concebido!

Ningún hombre ha ascendido al cielo — excepto Cristo

Cristo no dijo que iríamos al cielo, para estar con Él allí. Por lo contrario, expresó: «Y nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre» — es decir, Cristo mismo. Después de que cumplió su misión, se fue de nuevo al cielo, de donde había venido. Pero dijo: «A donde yo voy, ¡vosotros no podéis ir!» (Jn. 8:22; 13:33).

También dijo: «Y si me fuere [al cielo], ... vendré otra vez» (Jn. 14:2-3). Sí, Cristo volverá a la Tierra, cuando Él venga, cuando esté otra vez aquí tal como lo prometió: «Y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy [aquí en la Tierra], vosotros también estéis».

Y en Mateo 25, empezando con el versículo 21, leemos que cuando Jesús retorne como Rey de reyes y Gobernador de todas las naciones de la Tierra, dirá a los salvados: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros». El Reino de Dios es la familia de Dios, la cual tendrá dominio sobre las naciones, ¡aquí en la Tierra! Entrar en — heredar — el Reino de Dios es un destino tan tremendamente glorioso, que la mente humana no puede concebirlo. Y nuestra herencia, como miembros divinos de la familia misma de Dios, será esta Tierra, como posesión eterna.

¿Qué tiene de malo esta Tierra? Absolutamente nada, excepto el pecado, o sea la rebelión hacia Dios y hacia sus leyes espirituales y eternas que conducen a la paz, la felicidad y el gozo. La felicidad y el gozo, gloriosa condición que usted habrá de heredar, no se trata de una ubicación geográfica. Es una condición espiritual. En el feliz mundo de mañana no habrá pecado. No habrá murmuradores, ni ladrones, ni mentirosos. ¡Piense en ello! ¡No habrá Satanás, ni cerraduras en las puertas, ni cárceles, ni hospitales, ni orfanatos! ¡No habrá rivalidad, ni guerra, ni enfermedad, ni pobreza, ni hambre, ni escasez!

¿Cuándo heredaremos las promesas?

Ahora permítaseme preguntar: ¿Cuándo habremos de heredar estas promesas? ¿Cómo las heredaremos? ¿Recibió ya Abraham su recompensa — heredó ya las promesas?

Primeramente, consideremos las inspiradas palabras de Esteban, el primer mártir cristiano, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo. Esteban pagó con su vida por haber pronunciado estas inspiradas palabras que consigna la Escritura en Hechos 7:2-5:

«Y él dijo: Varones hermanos y padres, oíd: El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán, y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré. Entonces salió de la tierra de los caldeos... y de allí... Dios le trasladó a esta tierra, en la cual vosotros habitáis ahora [Palestina]: Y no le dio herencia en ella, ni aun para asentar un pie... »

Dios no le dio a Abraham ninguna herencia en esa tierra «mas le prometió que se la daría en posesión, y a su descendencia después de él, cuando él aún no tenía hijo».

Abraham nunca recibió la prometida herencia aunque la promesa de Dios fue incondicional en virtud de la obediencia de Abraham. Pero continuemos. Leamos ahora en Hebreos 11:8-10, 13.

«Por la fe, Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena». Note esto cuidadosamente. Abraham meramente habitó en la tierra que iba a recibir después por heredad — «morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos juntamente de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios... Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos».

Abraham, Isaac y Jacob — los padres a quienes las promesas fueron hechas — murieron en fe, sin haber recibido las promesas.

¿Por qué Pablo quería partir y estar con Cristo?

¿Porqué dijo Pablo a los filipenses «Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros» Fil. 1 :23-24?

Puesto que Pablo sería sepultado al morir ¿por qué dijo que estaría con Cristo?

Advierta que Pablo no indicó hacia dónde iría ni cuándo estaría con Cristo. Aquí no hay palabra alguna que mencione el cielo. Tampoco hay nada que indique que estaría con Cristo inmediatamente. Entonces ¿por qué tanta premura respecto de la partida del apóstol Pablo?

Para comprender lo que todo esto significa vamos a leer otra escritura donde Pablo indicaba que estaba «listo» para partir. En 2 Timoteo 4:6-8 el apóstol escribió: «Porque yo ya estoy para ser sacrificado, el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo en aquel día; y no sólo a mí sino también a todos los que aman su venida».

En estos versículos Pablo explica lo que quiere decir «estar con Cristo» . No espera recibir su recompensa en el momento de su muerte, sino que al contrario sabe que le aguarda una corona de justicia que el Señor le dará en aquel día. ¿En cuál día? En el de la aparición de Cristo — el de su segunda venida. En Isaías 40:10 se menciona el mismo día «He aquí que El Eterno el Señor vendrá... su recompensa viene con él... ». Consulte también Apocalipsis 22:12.

Pablo escribió a los tesalonicenses: «Porque el Señor mismo con voz de mando con voz de arcángel con trompeta de Dios descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (1 Ts. 4:16-17) .

En este momento es cuando los muertos... «que duermen en el polvo de la tierra serán despertados» Dn. 12:2). Los muertos no han estado con el Señor durante estos miles de años, sino que han estado aguardando el momento futuro cuando se despertarán del polvo de la tierra para encontrarse con el Señor en el aire.

Este es el momento en que, según 1 Corintios 15:52, los muertos serán resucitados incorruptibles por el poder del Espíritu de Dios. Esta es la primera resurrección.

Ahora la declaración enigmática registrada en Filipenses resulta muy clara. Él quería seguir viviendo por causa de los filipenses que lo necesitaban como maestro y apóstol, si bien personalmente a veces deseaba ser rescatado de sus problemas por la muerte a fin de aguardar la resurrección y estar con Cristo. Por eso consideraba que ¡morir sería mejor para él! En la muerte no hay conciencia del transcurso del tiempo. (Ec. 9:5-6,10; Sal. 146:4). Para el que muere, el próximo momento es la resurrección.

Mayor información sobre la resurrección esta asequible en nuestro folleto «Después de la muerte, ¿qué?» Solicite su propio ejemplar. Como toda nuestra literatura se le enviará gratis.

A través de todo el Nuevo Testamento usted lee que los cristianos que se convierten en hijos de Abraham a través de Cristo no son ahora, en esta era, dueños de la herencia, sino herederos que aún no ha recibido posesión de su herencia.

Ahora bien, ¿por qué hasta hoy no ha heredado Abraham la promesa? Puesto que la «herencia eterna» de la Tierra constituye las mejores promesas del Nuevo Testamento, y puesto que el mensaje que Cristo proclamó como confirmación de estas promesas fue el evangelio del Reino de Dios, se infiere que la Tierra — el territorio de la promesa que Jesús vino a confirmar — es el territorio que será ocupado y gobernado por el Reino de Dios.

Nuestra herencia es el Reino de Dios

Pero ese reino, dijo Jesús no es de este mundo — ¡de esta era! En su gran profecía acerca de las noticias del mundo de hoy — de las guerras mundiales, y de los cataclismos mundiales de nuestro siglo XX, Jesús dijo: «cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios» (Lc. 21:31). El Reino de Dios va a gobernar al mundo. No está establecido todavía, pero ahora está ya muy cerca, ¡y es más tarde de lo que usted cree! En Lucas 19, Jesús relató la parábola de las «minas» porque los discípulos creían que el Reino de Dios iba a ser manifestado inmediatamente. Se representó a sí mismo como el hombre de ilustre nacimiento que se fue a un país lejano — el cielo — a recibir el derecho para dirigir el reino, y volver, indicando que dicho reino sería establecido y tendría dominio sobre todas las naciones, a su segunda venida.

Pero hay aún otra razón por la cual nosotros no podemos heredar el Reino en esta era presente. I Corintios 15:50 nos lo dice: «Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios». Ningún humano puede heredar el Reino. El Reino de Dios no es un reino humano. No hay seres humanos en él; es un reino divino — ¡el Reino de Dios!

Jesús explicó esto a Nicodemo, y el relato lo encontramos en Juan 3:3-8: «Respondió Jesús y te dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios». Era difícil para Nicodemo entender eso. Y no son muchos en la actualidad los que pueden entenderlo. Jesús continuó, y dijo que a menos que el hombre naciera del Espíritu, no podía entrar en el Reino de Dios. «Lo que es nacido de la carne, carne es». Sí, todos nosotros nacimos de la carne, por lo tanto, Jesús dijo, somos carne, Sí, carne y sangre que no puede heredar — no puede entrar en el Reino de Dios. «Lo que es nacido del Espíritu», dijo Jesús, «espíritu es». Cuando seamos nacidos del Espíritu, entonces seremos espíritu — palabras textuales de Jesús.

Volvamos ahora a la declaración de Pablo consignada en 1 Corintios 15:50, 51,

«Esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios; ni la corrupción [la carne es corruptible, sujeta a envejecimiento y deterioro] hereda la incorrupción [las cosas espirituales y los seres espirituales son inmortales, nunca cambian, nunca se envejecen; son siempre y eternamente nuevos]. He aquí os digo un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos transformados». Ahora ponga toda su atención: «Todos seremos transformados». La palabra «transformado» significa cambiado de una sustancia a otra — de una composición a otra.

«En un momento», continúa Pablo, «en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos» — no los que estén con vida en el cielo, sino los muertos — «serán resucitados» — no descenderán del cielo, sino que «serán resucitados incorruptibles, y nosotros [la generación que esté entonces con vida] seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad».

Resurrección de entre los muertos

Ahora empezamos a ver por qué Abraham y sus hijos a través de Cristo, no han recibido todavía su galardón prometido.

Pero sigamos adelante. Nosotros no podremos tomar posesión de esta herencia eterna, hasta que recibamos vida eterna. ¿Y cuál es nuestra única esperanza de heredar vida eterna? ¡La resurrección! Quizás esto le sorprenda, pero permítame leérselo de la Escritura inspirada: Note 1 Corintios 15:12-18:

«Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó... y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces [a menos que haya una resurrección de entre los muertos] también los que durmieron en Cristo perecieron».

¿El apóstol Pablo ha estado en el cielo?

Cuando examinamos cuidadosamente 2 Corintios 12:1-7, se patentiza que la persona quien fue llevada en una visión al «tercer cielo» fue el apóstol Pablo mismo.

En el capítulo once de 2 Corintios, Pablo nos relata sus sufrimientos y persecuciones; en el capítulo doce nos empieza a exponer algunas de sus experiencias espirituales. Note que en los primeros siete versículos se utiliza la primera persona singular doce veces. En el primer versículo Pablo dice, «... vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor» Esto se aclara en 2 Corintios 12:7 donde Pablo explica, « para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente me fue dado un agujón en mi carne... »

Pablo comienza a referirnos su visión en el versículo dos donde dice, «conozca a un hombre en Cristo, que hace catorce años (sí en el cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo .

Pablo hablaba de sí mismo. Fue «arrebatado hasta el tercer cielo» en visión. Este «tercer cielo» es donde está el trono de Dios. La visión era tan vívida y tan realista que no podía, en aquel momento, averiguar si fue llevado corporalmente al cielo, o si simplemente lo estaba contemplando en su mente. Pero la Palabra de Dios nos provee la respuesta . «Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo» (Jn. 3:13) .

Pero, ¿por qué hablar de ver el tercer cielo andando por las ramas utilizando la expresión : «Conozca a un hombre... »? Pablo nos da la respuesta en 2 Corintios 12 :6 «Sin embargo, sí quisiera gloriarme, no sería insensato, porque diría la verdad; pero lo dejo, para que nadie piense de mí más de lo que en mi ve, u oye de mí». Pablo simplemente no quería que otros pensarán de él como de algún personaje grandioso y exaltado. Hablando indirectamente (Conozco a un hombre) recaló este punto.

Los muertos en Cristo han perecido para siempre a menos que haya una resurrección de entre los muertos.

Así que, Abraham, Isaac y Jacob están muertos. Y, a menos que haya una resurrección — que sean levantados de sus sepulcros — ellos han perecido para siempre. Abraham supo de Cristo, y Jesús dijo que Abraham se regocijó al ver su día. Y hablando de Abraham y la resurrección, Cristo dijo, según está escrito en Mateo 22:31-32: «Pero respecto a la resurrección de los muertos [note que Jesús está usando esta ilustración para comprobar la resurrección], ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos».

Este pasaje muchas veces está tergiversado para tratar de probar que Abraham no está muerto, que se fue a recibir y ha recibido ya, su galardón prometido, y que nunca será resucitado. «Pero respecto a la resurrección de los muertos», dijo Jesús. Dios es el Dios de los que viven. Abraham murió, Dios lo

dice en la Biblia. Y murió muchos siglos antes de Cristo. Pero vivirá otra vez a través de la resurrección de los muertos.

Recibiremos el premio cuando Cristo vuelva

¿Cuándo recibirán Abraham y los que han venido a ser sus hijos por medio de Cristo, el galardón prometido? ¿Cuándo ocurrirá la resurrección? Leemos en 1 Corintios 15:50-53 que en ese mismo instante, los cristianos que estén con vida, serán transformados de mortales a inmortales, al sonar la última trompeta.

Muy bien, veamos ahora 1 Tesalonicenses 4:16-17: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo [no fuera de Cristo] resucitarán primero: Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor». Vemos que la resurrección ocurrirá a la segunda venida de Cristo, cuando Él venga como Rey de reyes y Señor de señores para reinar y gobernar sobre todas las naciones de la Tierra por primera vez. Cuando Él venga, Abraham y sus hijos en Cristo serán resucitados a inmortalidad, a heredar el Reino, un gobierno que, encabezado por Cristo, regirá al mundo y cuyo territorio será la misma tierra prometida a Abraham — la tierra de Palestina, desde el Nilo hasta el Éufrates. Y este reino compuesto de seres inmortales, al cual no pueden entrar carne y sangre, gobernará sobre todas las otras naciones de la Tierra, naciones integradas por individuos mortales de carne y sangre.

Este texto no dice, como muchos suponen, que Cristo se encamina desde el cielo solamente para encontrar a los santos cuando éstos empiecen su ascenso al cielo. No, Jesús dijo «Y sí me fuere... vendré otra vez». Esas palabras están en el maravilloso capítulo 14 de Juan.

¡Qué gloriosa promesa! Jesús prometió que vendría otra vez a la Tierra. Y que una vez vuelto, nos recibiría con Él. «Os tomaré, a mí mismo» dice el pasaje. Los santos, tanto muertos como vivos, resucitados y cambiados a inmortalidad, se levantarán a encontrarle cuando Él venga y retornarán luego a la Tierra... se encontrarán en las nubes, altura no muy considerable, si tomamos en cuenta que los aviones vuelan a una altura más elevada todos los días. Y en Zacarías 14:4 leemos que en ese mismo día los pies de Cristo descansarán en el Monte de los Olivos, en Palestina, la tierra prometida — y que aquellos que se encuentren con Cristo cuando vaya descendiendo, estarán donde Él esté, ¡para siempre! Sí, todo lo anterior difiere mucho de las fábulas de nuestros días, pero esa es la verdad de la palabra de Dios.

El premio no es el cielo

Y Jesús dijo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad» (Mt. 5:5). Eso es parte del Sermón del Monte, y ciertamente todo cristiano debe creer el Sermón del Monte. Entonces debemos creer, si somos cristianos, que lo que los redimidos en Cristo heredarán, es la Tierra — no el cielo. Jesús claramente dijo: «Nadie subió al cielo» (Jn. 3:13).

David fue un hombre según el propio corazón de Dios. David tiene la promesa de estar en el Reino de Dios, gobernando sobre Israel, bajo la dirección de Cristo, cuando Él gobierne a todas las naciones. Pero el día de Pentecostés, cuando empezó la Iglesia del Nuevo Testamento, el apóstol Pedro, inspirado por el Espíritu Santo, dijo: «David no subió a los cielos» (Hch. 2:34).

El hombre más sabio que ha existido, fue inspirado divinamente para escribir, como parte de la Palabra de Dios, la siguiente sentencia: «El justo no será removido jamás; pero los impíos no habitarán la tierra» (Pr. 10:30).

Creo que muchos de ustedes han leído dichas escrituras. He ahí el incuestionable «así dice el Señor». No hay absolutamente ningún pasaje en toda la Santa Biblia que prometa el cielo como el premio que habrán de heredar los redimidos. Y a pesar de ello, la mayoría de la gente ha cegado en cierta manera su mente a estas positivas y claras declaraciones del Todopoderoso, y negligentemente, sin objetar nada, ha aceptado como verdad la idea de que iremos al cielo.

En Mateo 25:31, 34 se nos dice cuándo va a ser heredado el Reino — cuándo van a recibir su galardón los herederos de las promesas hechas a Abraham — cuándo van a tomar posesión de la herencia:

«Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria... Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo». Sí, el Reino de Dios es el lugar preparado. Jesús dijo que Él había ido a preparar un lugar para nosotros. También dijo que había ido a recibir para sí un reino y volver, y es entonces cuando se deja escuchar el jubiloso llamado: «Venid benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros».

Capítulo 3

La utopía venidera... el maravilloso mundo de mañana

Desde los albores de la civilización, el hombre ha deseado ardientemente vivir en un mundo de comodidades donde todos sus deseos físicos puedan cumplirse. Nuestro Creador ha planeado tal utopía — y, aun más importante, pronto establecerá esa utopía.

Está ya muy cerca el mundo de mañana en el cual habrá paz y prosperidad universales, un mundo lleno de gozo y alegría.

¿Por qué habría de ser imposible una utopía? ¿Por qué no podemos conseguir un mundo de paz, gozo, prosperidad, armonía y amor genuino? Dios ha concedido a la humanidad un período de seis mil años para que se gobierne a sí misma. Durante dicho período, Él se ha abstenido de intervenir en las cuestiones del mundo. El hombre ha seguido el curso que «le ha parecido recto». Pero los seis mil años están ya casi concluidos. El nuevo orden — el mundo de mañana — está a punto de empezar. Un milenio de paz y prosperidad se vislumbra en un futuro muy cercano.

En el capítulo 4 de Miqueas, se nos da una descripción gráfica referente a esa utopía, ya muy próxima. El primer versículo muestra el gobierno de Dios sobre las naciones. Se nos dice que «vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación ni se ensayarán más para la guerra» (versículos 2 y 3).

En ese milenio, todas las naciones vivirán en un mundo ideal. Serán obligadas a aprender los caminos de la paz. Una utopía de hechura divina — no humana — se está aproximando rápidamente.

¿Hay alguna cosa desagradable en esa utopía milenial? ¿Por qué la gente no la quiere?

¡Es tiempo de que usted se entere de lo que será el maravilloso mundo de mañana — un milenio de bienestar y felicidad jamás soñados!

¿Qué es «el milenio»?

En realidad, la palabra «milenio» se deriva del latín y simplemente significa mil años. En lugar de encontrar la palabra «milenio» en las Escrituras, usted leerá de «mil años». El único pasaje en toda la Biblia que menciona específicamente este período está en Apocalipsis 20:1-9.

He aquí el tiempo fijado para la futura utopía o milenio.

El apóstol Juan escribió acerca de un ángel que «prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años... y puso su sello sobre él, para que no engañe más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años» (Ap. 20:2-3).

¿Notó usted eso? Durante el milenio (los mil años), el diablo no engañará a las naciones. La era presente en que vivimos no puede ser el milenio, porque el diablo aún está engañando a las naciones. El milenio tiene que pertenecer aún al futuro — un período durante el cual el diablo no podrá engañar más al mundo.

Note que el apóstol Juan dice algo más acerca de los mil años: «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años» (Ap. 20:6).

Por lo anterior, vemos que el milenio es el período de tiempo durante el cual los santos reinan con Cristo. Los santos ayudan a crear la utopía milenial. ¿Y quiénes son los santos? Los que se están haciendo aptos ahora, obedeciendo a la ley de Dios por la fe en Cristo.

¿Había notado usted alguna vez que aquellos que participen en la primera resurrección reinarán con Cristo durante mil años? (Ap. 20:4). Esto significa que el milenio no puede empezar sino hasta después de la primera resurrección, porque son aquellos que resucitan en la primera resurrección los que se encargan de gobernar.

¿Cuándo ocurrirá el milenio?

Ahora bien, ¿cuándo tendrá lugar la primera resurrección?

En 1 Tesalonicenses 4:16-17 el apóstol Pablo declara que la primera resurrección ocurre a la segunda venida de Cristo. «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire». Esta primera resurrección tiene lugar «a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados» (1 Co. 15:52).

Puesto que los santos no se levantan sino hasta la segunda venida de Cristo, y puesto que ellos gobiernan con Cristo durante el milenio, entonces los mil años deben ocurrir después de la segunda venida de Cristo, y no antes. Esto es de vital importancia porque hay algunos que afirman que Jesús no vendrá sino hasta el fin de los mil años. Pero la Biblia dice que Jesús viene al principio de éstos.

¡Cristo retorna para hacer posible una utopía!

¿Pero qué más acontece cuando suena la última trompeta? En Apocalipsis 11:15-19, cuando suena la última o séptima trompeta, los muertos son levantados y «los reinos del mundo» vienen a ser los reinos «de nuestro Señor, y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos».

¡Aquí empieza el milenio! Cristo está empezando a reinar y los santos están ya resucitados para gobernar con Cristo. Pero ¿dónde van a ejercer dominio los santos?

¿Dónde será disfrutado el milenio?

La última frase de 1 Tesalonicenses 4:17 nos lo dice. Después de que todos los santos encuentren al Señor en el aire, estarán «siempre con el Señor». Puesto que los santos estarán siempre con Jesucristo, entonces cualquier escritura que nos diga dónde va a estar Cristo, también explicará dónde estarán los santos resucitados, durante los mil años. Además, el versículo que nos señala dónde van a reinar los santos durante los mil años, indica también el lugar en que Cristo reinará.

Ahora considere esto. A fin de que los santos reinen durante el milenio, es menester que haya súbditos sobre los cuales aquellos ejerzan autoridad. Cristo da poder y autoridad gubernamental a los santos, pero, ¿sobre quién?

Note lo que dice en Apocalipsis 2:26-27. Jesús promete: «Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro». Así que los santos gobernarán sobre las naciones, las cuales serán regidas con vara de hierro.

En los últimos días de los reyes y gobernantes de la presente civilización, «el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo [no a seres humanos, sino a los hijos de Dios]; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre» (Dn. 2:44).

Nótese que «en los días de estos reyes», no mil años más tarde, Dios establece su reino, encabezado por Cristo, e ilustrado por la piedra que hirió a la imagen (Dn. 2:34,35), piedra que «fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra».

Decir que estas naciones están en el cielo es absurdo. ¿Hay en el cielo naciones tan pecaminosas que los santos tengan que gobernarlas con vara de hierro? Por supuesto que no. Se trata de las naciones de la Tierra.

Ahora busquemos algunos pasajes de las Escrituras que nos digan que Cristo reinará sobre la Tierra. En Apocalipsis 3:21, Jesús dijo: «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su Trono». Vemos aquí que los santos resucitados se sentarán con Cristo, sobre su trono, en tanto que gobiernen a las naciones.

En estos momentos Cristo está sentado sobre el trono de su Padre, en los cielos (Ap. 3:21). No está sentado sobre su propio trono. Pero cuando Jesús deje el cielo (Hch. 3:21) para venir por los santos, a estos se les ha prometido un lugar con Él en su trono. Jesús no les promete un lugar en el trono de su Padre en los cielos, sino un lugar en su propio trono, desde el cual ellos, con Jesús, gobernarán a las naciones.

¿Dónde estará ubicado el trono de Jesús?

¡El trono de David no está en el cielo!

El trono de Jesucristo no podría estar en el cielo. Si el trono de Jesús fuera el mismo trono del Padre en el cielo, entonces Él no necesitaría su propio trono, porque Él está ya sentado sobre el trono del Padre. ¿Entonces, qué trono tendrá Jesús?

Dijo el ángel Gabriel, según está consignado en Lucas 1:30-33, que Jesús «será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre; y su reino no tendrá fin».

Así pues, el trono de Jesús será el trono de David que se halla sobre la Tierra (Jer.

33:17). El trono del Padre está en el cielo. Durante el milenio, los santos se sentarán con Cristo sobre el trono de David y gobernarán a las naciones de la Tierra.

No solamente Cristo gobernará sobre la casa de Jacob por siempre, como dijo Gabriel, sino que está también escrito: «Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones y como posesión tuya los «confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás» (Sal. 2:7-9). Aquí el salmista afirma que Jesucristo, el Hijo de Dios, hará las mismas cosas que Él ha prometido que harán aquellos que tengan parte en la primera resurrección. Es decir que los santos gobernarán con Él y cumplirán su voluntad y autoridad sobre las naciones. Entonces el Reino será restaurado a Israel y Cristo gobernará a la Casa de Jacob sobre el trono de David (Hch. 1:6).

Cuando el Reino de Dios sea establecido en la Tierra, y no antes, tendremos paz. ¡Si, la maravillosa utopía del mundo de mañana se aproxima!

Si todas estas Escrituras no bastan para probar que los santos reinarán con Cristo sobre la Tierra, y no en el cielo, durante el milenio, lea Apocalipsis 5:9-10. Cristo compró con su sangre «hombres de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y los has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra».

Helo aquí en lenguaje por demás claro. Los santos reinarán, no en el cielo, sino sobre la Tierra. ¿Cree usted lo que dice la Biblia?

Cómo y cuando retorna Cristo a la Tierra

En Hechos 1:9-11 se nos da el relato de la ascensión de Jesús, que ocurrió hace 1900 años. «Y habiendo dicho estas cosas, viéndole ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones... los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo».

En Apocalipsis 19, leemos que, a la segunda venida de Cristo, todas las naciones estarán reunidas para la batalla contra Jerusalén. Este mismo período de tiempo, la segunda venida de Cristo, está descrito en Zacarías 14:1-3. Es en el Día del Señor cuando todas las naciones estarán guerreando contra Jerusalén.

«Después saldrá el Eterno y peleará con aquellas naciones... y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los olivos» (Zac. 14:3-4).

Nótese que Jesús vendrá en las nubes del cielo (Ap. 1:7). Y peleará contra las naciones y sus pies se afirmarán en aquel día sobre el Monte de los Olivos que es parte de nuestro planeta. No dice que Jesús estará sobre el monte mil años más tarde, sino en ese día, en el cual retorna a recibir el trono de David y a gobernar a las naciones con vara de hierro.

Él permanece en la Tierra

Cuando Cristo vuelva a la Tierra, los santos estarán con Él — estarán «por siempre con el Señor». Él viene en las nubes que son parte de la atmósfera terrestre, donde ellos le encontrarán y luego le acompañarán a la Tierra. Es allí donde permanecerán Cristo y los santos.

Pero algunos pretenden que los cristianos retornarán al cielo inmediatamente. La Biblia en ninguna parte enseña tal doctrina. Continuemos leyendo lo que Zacarías escribió.

«Acontecerá también en aquel día [nótese que es todavía el mismo día, no siete años ni mil años más tarde], saldrán de Jerusalén aguas vivas [salvación]... en verano y en invierno. Y el Eterno será rey sobre toda la tierra... Y toda la tierra se volverá como llanura... y ésta [Jerusalén] será enaltecida, y será habitada... Y morarán en ella, y no habrá nunca más maldición, sino que Jerusalén será habitada confiadamente» (Zac. 14:8-11). He aquí la promesa de la futura utopía.

En ese día, cuando Cristo retorne, no mil años más tarde, sino en ese mismo día, cuando las naciones que peleen contra Jerusalén sean subyugadas, la Tierra será habitada y los hombres vivirán allí. Y las naciones gentiles después de que sus ejércitos hayan sido destruidos (Zac. 14:12-15), vendrán a servir a Jesucristo: «Y todos los que sobrevivieren de todas las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año, para adorar al Rey, al Eterno de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos». (Zac. 14:16).

La gente que quede, adorará al Señor año por año en Jerusalén, ciudad que está en la Tierra, no en el cielo. El Señor será Rey sobre toda la Tierra (Zac. 14:9). Los siguientes versículos muestran que el Señor castigará a las naciones por desobediencia. Los santos también juzgarán y corregirán a las naciones cuando estén con Jesús ocupando su trono.

Ninguno de estos eventos puede ocurrir antes de los mil años; tampoco puede tener lugar en el cielo porque allí no hay naciones desobedientes.

Y no habrá naciones desobedientes en la Tierra Nueva después del milenio. Por lo tanto, estos sucesos deben ocurrir durante el milenio, y sobre la Tierra. Estas son las declaraciones claras y evidentes de la Escritura.

La Tierra no va a ser desolada

En el libro de Isaías, capítulo 24, hay versículos que algunos usan en un esfuerzo por contradecir las claras afirmaciones de la Escritura. El tiempo señalado en este capítulo es precisamente antes del principio del período milenario. El primer versículo a menudo es citado así: «He aquí que el Eterno vacía la tierra y la desnuda, y trastorna su faz... ».

Citando únicamente esta parte, uno tiene la impresión de que no quedará habitante en la Tierra, que el milenio será un período de completa desolación. Pero, ¿por qué no citar todo el versículo? ¿Qué quiere decir Dios al declarar que la Tierra será vaciada? ¿Quiere decir que no quedarán habitantes en ella?

¡De ninguna manera! No nos detengamos en este versículo, como hacen algunos, sino que continuemos leyendo todo el capítulo.

¿Qué hará Dios? Él «hace esparcir a sus moradores. Y sucederá así como al pueblo, también al sacerdote; como a su amo... La tierra será enteramente vaciada, y completamente saqueada... enfermaron los altos pueblos de la tierra... la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron asolados; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra, y disminuyeron los hombres».

Lea todo este capítulo veinticuatro de Isaías. Da cuenta de los castigos que habrán de encarar los habitantes de la Tierra, justamente antes del principio de los mil años — la completa destrucción de la civilización y «pocos hombres dejados».

Recuerde también lo que Zacarías dijo acerca de aquellos que van a ser dejados. Irán a Jerusalén de año en año a adorar al Eterno que será Rey sobre toda la Tierra. Isaías dice de aquellos que sean dejados: «Estos alzarán su voz, cantarán, gozosos por la grandeza del Eterno [versículo 14]... cuando el Eterno de los ejércitos reine en el monte de Sión y en Jerusalén [versículo 23]. Sí, Cristo reinará en Jerusalén, no en el cielo, y habrá individuos que repueblen la Tierra.

Los versículos 23-31 de Jeremías 4, son a menudo sacados de su contexto y aplicados mal a los mil años. Si usted estudia el libro de Jeremías desde el principio, notará que estos versículos no se están refiriendo a los mil años. El profeta advierte a Judá: Nabucodonosor rey de Babilonia viene «para poner tu tierra en desolación; tus ciudades quedarán asoladas y sin morador» (versículo 7). Aquí el profeta está hablando de Judá no de todo el mundo. «Toda la tierra será asolada; pero no la destruiré del todo» (versículo 27).

La misma palabra en el hebreo original es a menudo usada para significar, ya sea el globo terráqueo en general, o una porción de territorio. De hecho debería ser traducida «territorio» en el versículo 23, porque Dios está hablando del territorio de Judá. Muestra también que hay gentiles todavía sobre la Tierra a quienes no les permitirá Dios hacer un exterminio completo de Judá, aunque ellos asuelen completamente (su territorio) la tierra. El versículo 29 indica que ningún hombre habitará en las ciudades. ¿Por qué? ¿Porque no habrá seres humanos sobre la Tierra?

¡No! Sino porque ciudades enteras huirán ante los ejércitos de los gentiles.

Esta profecía no se está refiriendo al milenio. Junto con estos dos textos mal aplicados, algunos a veces citan 2 Tesalonicenses 1:8 y 2:8.

El primero de estos versículos está hablando de ángeles que ejecutarán venganza sobre aquellos que no conocen a Dios y no obedecen el evangelio. Algunos creen que estos textos dicen que toda la gente será destruida, pero no es exacto. Perecerán solamente aquellos que se rehúsen a obedecer. Pero habrá muchos otros gentiles que se arrepentirán de sus malos caminos y admitirán que «ciertamente mentira poseyeron nuestros padres» (Jer. 16:19).

El otro versículo mencionado muy a menudo (2 Ts. 2:8), en ninguna parte habla de todos los inicuos. Menciona «aquel inicuo» a quien Cristo destruirá: «inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás» (versículo 9). De manera que no son todos los inicuos, sino una persona, la que va a ser destruida. Este inicuo es el falso profeta cuya destrucción está descrita en Apocalipsis 19:20.

Ninguno de los textos que anteceden describen una Tierra sin habitantes por un período de mil años, pero algunas personas simplemente no quieren creer las evidentes declaraciones de la Palabra de Dios.

¿Cómo será el milenio?

Isaías 11 nos habla del milenio. Los gentiles buscarán a Dios (versículo 10) e Israel y Judá serán recogidas por segunda vez de entre las naciones gentiles (versículo 11). Es obvio que este pasaje no se refiere a un «Israel espiritual», ya que los últimos versículos del capítulo hablan de hombres que cruzan los ríos y los caminos, conforme salen de las naciones gentiles y vuelven por segunda vez a la tierra prometida.

Este es el tiempo de que habló Pablo. «Que ha acontecido a Israel endurecimiento [o ceguera] en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador; que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados» (Ro. 11:25-27).

¡He aquí buenas nuevas! He aquí parte del mensaje evangélico. Ceguera parcial ha acontecido a Israel, pero no para siempre, sino hasta que todo el número de los gentiles que han de ser convertidos en esta era, vengan al Reino. Entonces Israel será perdonado y una vasta mayoría de gentiles buscarán a Dios.

Volviendo a Isaías 11, versículo 4: Cristo «herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío». Cuando esté castigando a los inicuos y juzgando «con justicia a los pobres» y arguyendo «con equidad por los mansos de la tierra» — en ese preciso entonces, nótele usted — «Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará;... y un niño los pastoreará... y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y

el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar» (Is. 11:6-9).

Esta es una utopía real.

Esto no puede tener lugar en el cielo, porque no hay hombres inicuos allí. Los niños no son amamantados y destetados en el cielo.

Tampoco puede ser en la Tierra nueva, porque allí no habrá inicuos (Ap. 21:1-4). Estos eventos deben ocurrir sobre la tierra durante el milenio. No pueden tener lugar en el cielo, ni en la Tierra nueva, ni durante esta era antes de que se inicie el milenio. Los animales salvajes, carnívoros, no van a ser amansados antes del milenio, al grado que coman paja como el buey. Esta es una profecía del milenio. Qué mundo tan maravilloso! Y cada uno de nosotros puede tener parte en hacer posible tan gloriosa era de paz. Ese es el mensaje del evangelio que Jesús predicó — el del Reino de Dios.

Satanás encadenado

La Biblia nos dice que el milenio es el período del Reino de Dios sobre la Tierra — el milenio no es el Reino; es meramente el primer período de mil años que dicho Reino imperará sobre la Tierra. No obstante, algunas personas tratan de decirnos que durante el milenio, Satanás estará atado por una cadena de circunstancias — suponen que no habrá seres humanos con vida que él pueda engañar. La Biblia no dice tal cosa. Satanás es alejado de la gente y encadenado para que no engañe más a las naciones. Si no hubiera naciones que engañar, él no tendría que ser encadenado y encerrado en un lugar de sujeción (Ap. 20:1-3).

Cuando Satanás y sus demonios sean restringidos de su obra de engaño, la Tierra tendrá por fin su «sábado de descanso» milenial. Los santos resucitados juntamente con Cristo, juzgarán al mundo y todas las naciones tendrán paz por fin, porque, por primera vez, guardarán la ley que «saldrá de Sión».

¿Serán resucitados los muertos durante el milenio?

Algunos saben que el milenio ocurrirá en la Tierra. Pero aseguran que habrá resurrecciones durante todo ese período. ¿Es eso verdad?

Ellos sostienen erróneamente que Apocalipsis 20:5 no es parte de la Biblia. Dicho versículo dice: «Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años».

Este texto sí pertenece a la Biblia. Se encuentra en una arrolladora mayoría de los manuscritos griegos.

Es después del milenio (Ap. 20:11-15) cuando el resto de los muertos vuelven a la vida. Si fueran a ser levantados de sus tumbas durante el milenio, no habría necesidad de un período de resurrección después de los mil años.

Es importante que no rechacemos este versículo de la Escritura. Jesús dijo: «Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida» (Ap. 22:19).

Sí, se aproxima una utopía el maravilloso mundo de mañana está a las puertas. ¡Y, usted puede estar allí y ayudar a hacer posible tal maravilla si rinde ahora su vida a Dios y le obedece!

Para enterarse de esa edad nueva, y cómo usted puede aparejarse para estar presente en ella, pida nuestro folleto gratuito titulado, El maravilloso mundo de mañana — qué y cómo será.

Capítulo 4

¿Es este el único día de salvación?

¿CUAL es el destino de los millones de seres humanos que viven en Rusia y China Comunista, donde los gobiernos han intentado eliminar todas las religiones, incluyendo al cristianismo? Ni los rusos ni los chinos escogieron como lugar de nacimiento esas naciones «impías». ¿Están ellos perdidos para siempre porque nunca oyeron las verdaderas enseñanzas de la Biblia? ¿Podría un Dios justo condenar a aquellos que murieron antes de oír el verdadero evangelio al horrendo suplicio de un «llameante infierno eterno»?

¿Están los gentiles sin esperanza?

¿Cuál es el destino eterno de los incontables millones de asiáticos y africanos que están sin Cristo? ¿Quedarán condenados por la eternidad cuando mueran? ¿Es este el único día de salvación?

¿En qué condiciones espirituales están los gentiles de hoy?

Pablo, en Efesios 2:11-12, nos da la respuesta. He aquí lo que él escribió a los gentiles convertidos en Asia Menor: «Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles... en aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados... y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo». Claramente dice que aquellos que no han oído acerca del camino de salvación y del nombre de Jesucristo están sin esperanza de salvación — están perdidos para siempre, si es que, en efecto, no hay una futura oportunidad de salvación.

¿Sería Dios justo, si los condenase porque no está a su alcance el conocer la verdad?

Lo que Dios desea para la humanidad

Dios desea que toda la humanidad aproveche la oportunidad de salvación: «Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2:3-4). Algunos dirán: «Ah, ¿de manera que todo el mundo va a ser salvo? Va a efectuarse una salvación universal?»

¡Rotundamente, no! La Biblia no nos habla de salvación universal.

Observe lo que dice en 2 Pedro 3:9-10. El Eterno «es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento». Es la voluntad o el deseo de Dios que todos vengan al conocimiento de la verdad para que puedan arrepentirse y quedar libres de la pena o castigo que exige el pecado — la muerte. Pero algunas personas no se van a arrepentir. Porque si todos se arrepintieran y se sujetaran a las condiciones requeridas para alcanzar salvación eterna, no habría necesidad de arrojar a seres humanos al lago de fuego que se menciona en Apocalipsis 20:15 y 21:8, como el lugar donde serán destruidos los inicuos. Malaquías 4:1-3 refuta completamente la doctrina de la salvación universal derivada de filosofías paganas. Los inicuos van a ser reducidos a cenizas; no les será dejada ni raíz ni rama. No habrá posibilidad de resurrección del lago de fuego.

Pero, ¿significa eso que no hay esperanza para los millones de seres que murieron en ignorancia del verdadero Cristo? ¡No!

Dios está deseoso de que todos nosotros alcancemos vida eterna. Él es «paciente». No ha sido ligero para juzgarnos. Desea que todos aceptemos su camino de vida conforme está revelado en la Santa Biblia, a fin de que vengamos a ser sus hijos mediante nacimiento espiritual al tiempo de la resurrección. Pero nosotros debemos escoger entre aceptar o rechazar su camino.

La actitud común

«Bueno», dirán muchos, «al parecer, de acuerdo con lo que dice la Biblia, Dios no sería equitativo sino les diera a aquellas personas que vivieron en tiempos del Antiguo Testamento una oportunidad en el futuro; pero todos nosotros desde Cristo, estamos teniendo nuestra oportunidad ahora. Tenemos que ser salvos para cuando venga el Salvador por segunda vez o estaremos perdidos».

Sí, según parece esa es la idea popular y casi todos creen hoy en día que tal concepto es verdadero. Parece ser tan evidente que nadie hace objeciones al respecto. Simplemente se acepta como verdad.

¿Sabe usted de alguna vez cuando se haya puesto en duda tal idea? No, probablemente nunca lo ha experimentado en toda su vida. «La mayoría no puede estar equivocada» — es la actitud popular.

Parecería, a juzgar por las enseñanzas comunes, que la salvación está abierta a todos hoy y que lo único que uno tiene que hacer ahora es «unirse a una iglesia» y ser «salvo». ¿Están todos en libertad de aceptar la salvación y ser salvos cuando así lo quieran? ¿O Dios de propósito ha permitido a algunos que permanezcan cegados durante esta era?

Veamos lo que la Biblia enseña acerca de este asunto, el cual ni se discute ni se entiende en las iglesias de esta era, pero que, no obstante, concierne a cada uno de nosotros.

¿Por qué no fue quitada la ceguera de Israel?

Note lo que Moisés dijo a los israelitas — poco después de haber salido de Egipto: «Vosotros habéis visto todo lo que el Eterno ha hecho delante de vuestros ojos en la tierra de Egipto... las grandes pruebas que vieron vuestros ojos, las señales, y las grandes maravillas. Pero hasta hoy el Eterno [no Satanás] no os ha dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír» (Deuteronomio 29:2-9).

¡Dios no escogió remover la ceguera causada por los pecados de Israel! Ellos ni siquiera hubieran sabido de esta ceguera, ¡si no se les hubiese dicho!

Observe también lo que Dios dijo que haría a Efraín — cabeza de las diez tribus de Israel — después de que este pueblo cayó en pecado: «Porque en lengua de tartamudos, y en extraña lengua hablará [el Eterno] a este pueblo... La palabra pues, del Eterno les será mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá» (expresando la manera en que está escrita hoy la Biblia), «hasta que vayan [no vengan] y caigan de espaldas [no que sean rescatados], y sean quebrantados, enlazados y presos» (Isaías 28:11-13).

¿Qué había hecho la tribu de Efraín? Había pecado (versículos 7 y 8). Y ¿qué hizo Dios? No intervino para forzar la observancia de sus leyes, las cuales, de ser obedecidas, les hubieran evitado el castigo. Por cuanto ellos rechazaron el conocimiento (Óseas 4:6), Dios los dejó en su ceguera, para que continuaran en pecado y sufrieran las consecuencias del mismo.

¿Por qué?

Veamos ahora Ezequiel 20. Este capítulo es de vital importancia. Es un compendio de todos los tratos de Dios con la rebelde Israel. Tome nota especialmente de los versículos 11 y 12: «Y les di mis estatutos, y les hice conocer mis decretos, por los cuales el hombre que los cumpliera vivirá. Y les di también mis días de reposo».

¿Qué hizo Dios cuando ellos se rebelaron? Los versículos 24 y 25 nos lo dicen: «porque no pusieron por obra mis decretos, sino que desecharon mis estatutos y profanaron mis días de reposo... Por eso yo también les di [permití, es la traducción correcta] estatutos que no eran buenos y decretos por los cuales no podrían vivir». Dios dice que Él les permitió tener otras leyes mediante las cuales ellos no podrían vivir. Estatutos que traerían la muerte.

Siempre que la Biblia nos habla de las intervenciones de Dios cita luego la lección que Dios se propone enseñarnos: «A fin de que supiesen que yo soy el Eterno». Esta frase ocurre más de cincuenta veces, con ligeras variaciones. Ezequiel 20:26 es un ejemplo. ¡Sí, Dios quiere que todos le conozcan de veras! Todo aquel que rechace el conocimiento será afectado en tal forma por las consecuencias, que a través de dura experiencia aprenderá de Dios y sus caminos.

Pero, ¿cuál fue la razón por la que Israel vivía cegado?

¿Por qué Dios permite la ceguera a los hombres?

La mente del hombre, por naturaleza, desea hacer cosas que son contrarias a las leyes espirituales: «Por cuanto la mente carnal [la mente física de todos nosotros] es enemistad contra Dios» (Romanos 8:7). Compare este pasaje con Romanos 3:9-18. «Porque el deseo de la carne [la mente y el corazón naturales del hombre] es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí» (Gálatas 5:17). Conforme crecemos y nos desarrollamos en este mundo influenciado por Satanás (Apocalipsis 12:9 y 2 Corintios 4:4), todos tenemos el deseo — la codicia — de vivir contrariamente a las leyes de Dios (Santiago 1:14 y Salmos 81:11-12).

La persona con mente carnal permanece en enemistad contra Dios hasta el momento que siente repulsión y aborrecimiento hacia los resultados de sus propios caminos, se arrepiente de ellos y clama a Dios para que le cambie, le modifique, mediante el don de su Espíritu Santo — la mente misma de Cristo (Filipenses 2:5).

Es natural para el hombre rechazar la verdad y hacer lo que a sus propios ojos le parece recto. Dios ha permitido que el hombre desee quebrantar sus leyes. Es mediante su propia mente carnal que Dios permite la ceguera al hombre — ¡no para destruirlo, sino para traerlo al arrepentimiento! Respecto a la ceguera de Israel, Pablo dijo: «Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos» (Romanos 11:32).

Así que la antigua Israel no está perdida para siempre. Su tiempo de salvación está aún en el futuro.

Los seres humanos, como la Israel de los tiempos remotos, desean hacer lo que ellos creen que es recto. Dios, en su gran amor y sabiduría ha escogido no quitar la ceguera a los hombres que por naturaleza rechazan la verdad, de manera que ellos, sin saberlo, pequen más y por medio de las amargas experiencias del pecado, aprendan su lección más profundamente — que aprendan indeleblemente que las costumbres humanas están equivocadas y que solamente viviendo de acuerdo con los mandamientos del Eterno Dios puede uno ser feliz.

La creación de carácter requiere tiempo

De entre todas las cosas creadas por Dios, nada puede ni empezar a compararse con la delicada creación que Él está efectuando en el hombre: carácter. Dios sabe que la creación de un carácter recto requiere tiempo. Él mismo dijo: «¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!» (Deuteronomio 5:29). Dios no está en apuros ni tiene prisa por salvar a todos, sino hasta que hayan aprendido su lección. Es por eso que ha concedido a la humanidad seis mil años para que la aprenda.

El Eterno dejó que Israel experimentara varias formas de gobierno humano, como lo explican los libros de Jueces y Reyes. Los seres humanos están cegados al Reino de Dios porque ellos creen que sus propias formas de gobierno son rectas. Hoy en día, tenemos democracias, dictaduras y otras formas de gobierno, ninguno de los cuales ha traído felicidad.

En efecto, Dios ha permitido a los hombres tener una actitud incivil porque han rehusado aceptarlo como Gobernador Supremo (Daniel 4:16-17 y Romanos 1:28), y por esa razón están atrayéndose cada vez más miseria. Ellos finalmente aprenderán que Dios gobierna y que su gobierno y leyes son perfectos.

Cristo no trató de convertir a todo el mundo

Cuando Cristo vivió sobre la Tierra no trató de remover la ceguera espiritual que estaba sobre la mente de los hombres. A sus discípulos les dijo: «A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera [la gran mayoría] por parábolas todas las cosas; para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan» (Marcos 4:11-12).

¿Concibe su mente el sentido de este versículo? Las parábolas fueron dichas para ocultar el verdadero significado, no para hacerlo más claro.

Pero, ¿por qué ocultó Jesús la verdad a los del mundo? ¿Cuál es el misterioso propósito de Dios que está tomando forma ante nuestros ojos, sin que nos demos cuenta? He aquí la respuesta:

El hombre desconoce su propia ineptitud para gobernarse y para gobernar el mundo. ¡Y qué deplorable contraste hace su incapacidad como gobernador, comparada con la habilidad de Dios! El Padre quiere que nosotros desarrollemos iniciativa y habilidad. Pero también quiere que reconozcamos que a Él es a quien debemos acudir con nuestros problemas, que sus leyes son mejores y que Él es el verdadero Gobernador de la Tierra. Él quiere que nosotros entendamos que debemos tener su Espíritu dentro de nosotros para hacer realidad nuestros deseos (Hechos 2:38).

Job no reconocía a Dios en su verdadero carácter, y Dios tomó las medidas necesarias para hacerle entender. Job «era justo a sus propios ojos» (Job 32:1); estaba muy envanecido de su propia justicia. Constantemente hablaba de su propia justicia. Sus expresiones eran: «mi integridad» y «mi justicia» (Job 27:3-6). Solamente Dios es completamente justo, porque «todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Finalmente, Dios humilló a Job y éste se arrepintió. «De oídas te había oído», exclamó Job, «mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:5-6).

De todas las cosas materiales que Dios ha creado, el hombre es, con mucho margen, superior a las otras con su habilidad para razonar, y también con su habilidad para inventar y fabricar objetos. Pero estas habilidades no son de ningún valor para Dios — en realidad son un obstáculo — si la voluntad o deseo del hombre para usar estas habilidades es contrario a la voluntad divina. «Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la Tierra» (Mateo 6:10). Dios desea que su voluntad sea hecha en nosotros.

Cuando el hombre — mediante su ceguera espiritual — haya tenido la oportunidad de ejercitar su propia voluntad y se haya dado cuenta de que eso sólo le produce resultados negativos, entonces estará listo para destruir su viejo hombre — su voluntad — para ser sepultado «Juntamente con él [Cristo] para muerte por el bautismo» (Romanos 6:4) y estará también dispuesto a presentar su cuerpo como un sacrificio vivo a Dios — un cuerpo vivo mediante el cual Dios pueda llevar a cabo su voluntad (Romanos 12:1).

¿Está cegada la mayoría?

Pablo, hablando a los romanos respecto de sus progenitores gentiles, dijo: «Y cómo ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada ... estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad... llenos de envidia» (Romanos 1:28-29). Otra vez, «Porque Dios sujetó a todos en desobediencia [a toda la humanidad] para tener misericordia de todos» (Romanos 11:32). Los gentiles estaban cegados entonces, y así permanecen hasta hoy. Todas las naciones están en estas condiciones hoy en día.

Unos cuantos han recibido la oportunidad de salvación. «Así también, aun en este tiempo ha quedado un remanente [sólo un residuo] escogido por gracia» (Romanos 11:5). Pero notemos el versículo 7: «... y los demás [la vasta mayoría] fueron endurecidos».

Esa verdad se repite hoy en día, como lo leemos en Deuteronomio 29:4: «pero hasta hoy el Eterno no os ha dado corazón para entender... ». Aquellos que son llamados en este tiempo — una ínfima minoría — si quieren pueden venir a Dios, pero la vasta mayoría no vendrá porque está cegada a las verdades espirituales de Dios. Jesús jamás dijo que todo el mundo esta siendo llamado en este tiempo para salvación. Pablo dijo: «Pues mirad, hermanos vuestra vocación que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles» (1 Corintios 1:26) Solamente los que son atraídos por el Espíritu de Dios y que vienen a través de Jesús, pueden alcanzar a Dios (Juan 6:44).

Muchos predicadores también están cegados

Vemos pues que la vasta mayoría de todas las razas viven ciegas hoy en día. Muchos predicadores están entre este número: «Muchos seguirán sus disoluciones [las de falsos maestros]» — nótese que dice muchos, no pocos (2 Pedro 2:1-2). «Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición» (Mateo 7:13). En la actualidad la gente se halla, espiritualmente, en Babilonia. Recuerde que

todo el mundo está engañado por las falsas enseñanzas religiosas de origen babilónico: la religión que se originó en Babel, la antigua ciudad de Babilonia — «Babilonia la grande» — no Babilonia la pequeña (Génesis 10:8-10; 11:4, 9; Apocalipsis 12:9; 17:2, 5: 18:4).

La vasta mayoría continuará en tan completo estado de ceguera espiritual que hasta peleará contra Cristo cuando venga por segunda vez — ¡no podrán reconocerlo! El diablo los tendrá entonces tan engañados que creerán que Jesucristo es el «anticristo» (Apocalipsis 16:13-14).

Solamente un número relativamente pequeño recibirá salvación en esta era. Estos serán los maestros, los gobernantes y los jueces de aquellos que sean llamados más tarde en el milenio (Apocalipsis 1:6; 5:10 y 1 Corintios (6:2).

Pero, ¿qué será de la vasta mayoría que vivió cegada y que nunca tuvo una oportunidad?

¿Están ellos condenados para siempre, porque no tuvieron la oportunidad de ver el camino de la salvación?

¿Futura oportunidad para los cegados?

Ahora bien, como Dios es justo y es Él quien ha permitido que la mayoría esté ofuscada, es Él quien tendrá que remover la ceguera y hacer posible que todos tengan su oportunidad.

¡Él ha prometido hacerlo! «Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones» — el velo de tinieblas espirituales (Isaías 25:7) No es un estigma o desgracia para sus seres queridos o para otros, que estén entre el número de los que no han sido convertidos ahora. Conforme al plan de Dios, solamente unos cuantos serán llamados en este tiempo y la ceguera les será quitada.

Salvación en el milenio

Dios ha concedido a la humanidad un plazo de seis mil años sobre la Tierra para que pueda experimentar todos los métodos de vida que, según su parecer, traen felicidad. Ese plazo está ya para concluirse, y basta con ver el mundo hoy en día para saber los resultados. Ahora — en este tiempo del fin — el hombre está escribiendo el epílogo de la historia de su inútil tentativa de gobernarse a sí mismo sin la ayuda de Dios — historia de la que todos podrán sacar provecho cuando tengan su oportunidad. El mundo hoy en día se está preparando febrilmente para sumergirse en un mar de sangre.

¿Qué sucederá después de esto?

«El pueblo que andaba en tiniebla, [ceguera] vio gran luz [la ceguera removida];... Porque un niño nos es nacido... y el principado (o gobierno] sobre su hombro... Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite (Isaías 9:2-7).

Esto nos habla del nacimiento de Cristo y de su toma de posesión del gobierno de esta tierra por un período de mil años, a su segunda venida (Apocalipsis 20:4).

Este es el milenio tan largamente esperado.

Este es el tiempo que Dios ha fijado para empezar a salvar realmente a los pueblos. La ceguera será quitada — la gente verá la misericordia y las leyes de Dios con absoluta claridad. Todos los que están cegados ahora, pero que vivan en ese período, tendrán su oportunidad para la salvación entonces. Cristo vendrá con «sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convicto, a todos los impíos de todas sus obras impías (Judas 14 y 15). El diablo será encadenado a fin de que no pueda engañar a los hombres (Apocalipsis 20:1-3) . Los santos estarán gobernando a las naciones, aquí sobre la Tierra — según declaró Jesucristo en Mateo 5:5; «... recibirán la tierra por heredad» . Lea también Apocalipsis 5:10.

Cristo derramará su espíritu sobre toda carne (Hechos 2:17), y la Tierra estará llena del conocimiento del Eterno (Isaías 11:9). Dios limpiará a las gentes y les dará un corazón nuevo y un nuevo espíritu, y los hará andar en sus estatutos y juicios (Ezequiel 36:25-27). Los capítulos 11 de Isaías y 14 de Zacarías describen esta era más ampliamente.

Pero los individuos de nuestra era que continúen viviendo hasta el período de mil años serán relativamente pocos, comparados con los millones y millones que han muerto sin haber entendido — ¿qué será de ellos?

¿Cuándo será salvada esta gran mayoría?

Leamos Apocalipsis 20:5: «Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años». Ahora leamos los versículos 11 y 12. «Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él... Y vi a los muertos grandes y pequeños, de pie ante Dios [una resurrección]; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida [una oportunidad de obtener vida eterna] y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras».

Ellos van a ser juzgados por la Palabra de Dios — los libros de la Biblia — de acuerdo con lo que hayan hecho en esta vida y lo que hagan después de que sean resucitados a vida mortal.

Esta escena, descrita en Apocalipsis 20, ilustra el clímax del plan de Dios — el juicio del gran trono blanco cuando el vasto número de los que murieron sin salvación van a ser resucitados y Dios les dará su oportunidad de recibir salvación — todos aquellos millones y millones que vivieron y murieron desde el tiempo de Adán hasta nuestra era, sin conocer el verdadero camino de la vida eterna.

La salvación será accesible a todos los que sean resucitados entonces. Y distinto de cómo sucede hoy en día, en ese entonces, después del milenio, serán muchísimos más los que la acepten.

¡Esta no será una segunda oportunidad! He aquí por qué: si ellos no conocieron la verdad cuando vivieron anteriormente, nunca tuvieron su oportunidad. Los antiguos habitantes de Tiro y Sidón serán resucitados y a aquellos inicuos que vivieron cegados antes, les será dada su oportunidad (Mateo 11-22). También aquellos perversos que perecieron en la destrucción de Sodoma y Gomorra serán resucitados (Mateo 10:15), y tendrán su oportunidad. ¡Dios es un Dios justo! Está dando aun a lo peor de la gente que vivió cegada antes de la segunda venida de Cristo, su oportunidad de salvación — ¡una sola oportunidad para todos!

Ezequiel 37:11-14 nos da una magnífica ilustración acerca de cómo habrá de ocurrir esta resurrección física. En dicho pasaje se habla de Israel como tipo de todas las naciones. Muestra cómo se efectúa el engendramiento espiritual y su crecimiento. Vemos allí gentes que reciben el Espíritu Santo del Padre por vez primera justamente como lo están recibiendo ahora los poquísimos que son llamados en este tiempo.

La gente vivirá en la carne física por un período suficientemente largo para tener una oportunidad justa y equitativa de recibir la salvación — vida eterna y espiritual en el Reino de Dios. Pero tendrán que elegir si van a aceptar el camino de Dios (Deuteronomio 30:19).

Observe cómo esta gran verdad está prefigurada en los Días Santos o sábados anuales de Dios que el mundo se niega a observar. Estos representan, paso por paso, el plan de salvación de Dios para la humanidad. Léalo usted mismo en Levítico 23:34. La Fiesta de las Cabañas o los Tabernáculos, representa salvación en el período de mil años y el Octavo Día (una séptima solemnidad, distinta de la de Tabernáculos) representa el periodo del juicio del gran trono blanco cuando la vasta mayoría será resucitada y tendrá su oportunidad de ser redimida del pecado.

Para una explicación mayor solicite nuestros folletos titulados ¿Por qué nació usted? y Las fiestas santas de Dios que le serán enviados gratuitamente.

Sí, el mundo hoy está ciego. No entiende el plan de salvación de Dios. No entiende el propósito de Dios — por qué y para qué Dios creó al hombre y lo puso aquí sobre la Tierra. No entiende que Dios se está reproduciendo a sí mismo; que Él está arduamente atareado en el proceso de hacer del hombre mortal una familia espiritual compuesta de su misma esencia. Y que el llamamiento a salvación extendido a una ínfima minoría ahora, en este tiempo, es parte de ese proceso. Tampoco entiende que la minoría que ha aceptado este llamamiento inicial, está siendo educada y entrenada cuidadosamente para una responsabilidad excelsa y que junto con Cristo, a su regreso, formará el Reino de Dios que regirá a este mundo durante el milenio, cuando Dios, conforme lo ha dispuesto en su plan, extenderá su mano para salvar a toda la humanidad.

Inmediatamente después del milenio, las grandes multitudes de seres humanos que vivieron toda una vida de triste experiencia por haber seguido sus propios caminos, y que murieron sin conocer o entender la salvación de Dios, serán traídos [resucitados] a la vida mortal una vez más. Entonces la ceguera espiritual les será removida a fin de que puedan ver y experimentar el camino de vida de Dios — el único camino que conduce a la felicidad. Experimentarán grande regocijo, a la vez que llanto de

arrepentimiento, cuando vean la paz y la felicidad que reinarán en este mundo como resultado de mil años de total obediencia a las leyes de Dios (Isaías 11 y 12; Miqueas 4: Jeremías 16:19: 31:9). Entonces y solamente entonces la vasta mayoría de los seres humanos que han vivido por las edades recibirán su oportunidad de salvación. Y todos aquellos que estén dispuestos a acogerse bajo el amoroso y perfecto gobierno de Dios, ¡recibirán vida por toda la eternidad!

Capítulo 5

¿Fue el «ladrón de la cruz» al paraíso inmediatamente?

Jesús dijo que Él permanecería en el sepulcro tres días y tres noches después de su crucifixión. ¿Pudo entonces el ladrón estar con Cristo en el paraíso ese mismo día?

Todos estamos familiarizados con la extraña historia del «ladrón de la cruz», registrada en Lucas 23:43. Pero casi nadie entiende el misterio que la rodea.

Muchos han supuesto, sin comprobarlo, que «el ladrón» entró al paraíso el mismo día que fue crucificado.

¡Si eso es verdad, entonces llegó al paraíso antes que Jesús, porque Cristo dijo que Él permanecería en el sepulcro los tres días y las tres noches posteriores a su crucifixión! Puesto que Jesús estuvo muerto y enterrado — en el sepulcro — no pudo haber estado con el «ladrón» en el paraíso.

¿Exactamente dónde está el paraíso? ¿Cómo y cuándo entra uno en él?

¿A dónde fue Jesús?

Lea cuidadosamente Lucas 23:43. Jesús dijo que el malhechor arrepentido estaría con Él en el paraíso. Si podemos descubrir adónde fue Jesús cuando murió, entonces podremos saber con certeza si el malhechor en verdad fue al paraíso ese día.

Lea 1 Corintios 15:3-4. Pablo reitera: «Porque primeramente os he enseñado [hablando a cristianos] lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras».

Note que Jesús fue sepultado; no dice que el cuerpo fue enterrado, y que el alma fue al Paraíso. Especifica claramente que Él — Jesús mismo — fue enterrado. Él estuvo muerto durante tres días. Murió por nuestros pecados, pero luego volvió a la vida. ¡Se levantó de entre los muertos!

Juan nos da ulteriores pruebas que indican dónde estuvo Jesús. «Y en aquel lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. Allí [en la tumba — en el sepulcro]... pusieron a Jesús» (Jn. 19:41-42). Jesús fue puesto en el sepulcro, no solamente su cuerpo. ¡Jesús estuvo muerto!

He aquí lo que dijo el mensajero angélico a las mujeres después de la resurrección: «No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, ...ha resucitado, no está aquí; mirad, el lugar en donde le pusieron» (Mr.16:6).

¡Allí estaba el lugar adonde Jesús había ido ese día — el sepulcro, la tumba en el huerto cerca del sitio donde ocurrió la crucifixión!

Jesús estuvo en el sepulcro ese día, amortajado, durmiendo el sueño de la muerte. ¡Él no fue al paraíso ese día. No estuvo con el ladrón ese día — el malhechor no fue sepultado con Él en la misma tumba!

¡Lo anterior está plenamente comprobado!

¡Jesús estaba en el hades!

Para aclarar mejor este punto, leamos Hechos 2:31. Hablando de Cristo, Pedro cita las palabras del profeta David, diciendo: «Viéndolo antes (David), habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción».

Este versículo, registrado en la Versión Reina-Valera, revisión de 1960, prueba que Jesús no estuvo en el paraíso, sino en el hades. Este vocablo en el griego que empleó Lucas en el libro de «Los Hechos de los Apóstoles» para relatar lo que el apóstol Pedro dijo en su idioma, quiere decir «sepulcro». No significa un ardiente infierno en llamas. La Biblia usa otra palabra para indicar tal infierno. ¡Así que Jesús no estuvo en el paraíso, sino en el hades, es decir, en el sepulcro!

Este versículo en Hechos 2:31 cuando es propiamente traducido del griego originalmente inspirado, dice «Previéndolo, habló de la resurrección de Cristo, que ni Él» — Él, no meramente el alma — «fue dejado en el Hades [sepulcro] ni su carne vio corrupción». Jesús fue resucitado del hades (sepulcro) — donde yació muerto durante tres días y tres noches.

El hades o sepulcro no es el paraíso. Puesto que Jesús no entró al paraíso ese día — el de la crucifixión — está claro que tampoco el malhechor entró. Cristo tiene «preeminencia» en todas las cosas, leemos en Colosenses 1:18. En consecuencia, el malhechor arrepentido no pudo haber precedido a Cristo en su entrada al paraíso. ¡Cuando el malhechor entre al paraíso, Cristo estará allí también! Él dijo así: «estarás conmigo en el paraíso».

¿Cuándo predicó Jesús a los espíritus en prisión?

Algunos han tomado el pasaje de 1 Pedro 3:15-30 como una supuesta prueba de que Jesús estaba vivo cuando estaba muerto — y de que predicó a los espíritus en prisión durante los tres días y las tres noches que estuvo muerto en el sepulcro. Aun en el caso de que hubiese ido a una prisión durante ese tiempo — lo cual no hizo — ¡por cierto el paraíso no es una prisión! ¡El paraíso es precisamente lo opuesto de una prisión!

Observe lo que realmente dicen estos versículos en la carta de Pedro. Los ángeles inicuos que siguieron a Satanás están en cadenas de oscuridad, en prisiones eternas (Judas 5).

Recuerde que la Biblia revela que los ángeles son espíritus, pero el hombre es carne mortal — compuesto del polvo de la tierra (He. 1:14). ¿Cuándo predicó Jesús a los espíritus en prisión? Léalo: «cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, cuando se aparejaba el arca». Entonces fue cuando Jesús predicó a los espíritus o ángeles — ¡en los días de Noé, no durante el tiempo en que Él estuvo muerto y sepultado en la tumba!

Cuando Jesús murió, la vida cesó en Él. Estuvo muerto, «Porque los que viven saben que han de morir; mas los muertos nada saben» (Ec. 9:5). Y «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría» (Ec. 5:10). El lugar donde Jesús estuvo ese día fue el sepulcro — donde no hay conocimiento de nada. ¡La Escritura así lo dice!

¿Pero dónde está el paraíso? Note 2 Corintios 12:1-5. El apóstol Pablo habla de uno a quien él conoció y que tuvo visiones maravillosas y revelaciones del Señor. En una visión fue «arreatado hasta el tercer cielo» — ¡el trono de Dios! — «... al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar». Entonces, el paraíso se encuentra en la presencia del trono de Dios.

¿Cómo es el paraíso?

Continuemos con la descripción bíblica del paraíso. Lea .Apocalipsis 2:7. «Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios».

Vea también Apocalipsis 21:1-2. Estos dos versículos se refieren a «la santa ciudad, la nueva Jerusalén... [que descendía] del cielo, de Dios». En esta ciudad, que es también tipo de la Iglesia, encontramos «un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En el medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida...» (Ap. 22:1-2).

¿Notó usted eso? La nueva Jerusalén es el paraíso de Dios — que baja del cielo — la ciudad cuyo hacedor y edificador es Dios. La nueva Jerusalén contiene el árbol de la vida. En la nueva Jerusalén está el paraíso de Dios, una verdadera ciudad, parque o jardín tan alejado de la comprensión humana,

que es imposible describirlo. ¡Un día, en el futuro, el paraíso estará finalmente sobre esta Tierra hecha nueva!

¡Jesús afirmó que el malhechor arrepentido estaría con Él en ese paraíso! Pero la nueva Jerusalén no está terminada todavía — Jesús está aún preparando un lugar para nosotros en ella (Jn. 14:2). Y la nueva Jerusalén no estará completamente preparada sino hasta después del milenio (Ap. 20:1-5). Hasta entonces y no antes, descenderá ésta a la Tierra — ¡y hasta entonces entrará al paraíso el malhechor arrepentido!

¿Qué quiso decir entonces Jesús al expresar: «hoy estarás conmigo en el paraíso»?

Lo que Jesús realmente dijo

Aquí está la gran sorpresa. Lo que efectivamente dijo Jesús no es lo que usted ha supuesto. A continuación transcribimos lo que en verdad el inspirado historiador Lucas escribió: «Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo hoy, conmigo estarás en el paraíso»... (En otras traducciones la palabra «que» ha sido agregada, pero en el manuscrito griego original no existe.)

El misterio de este famoso dicho de Jesús se soluciona mediante una puntuación correcta. Así que toda esa confusión se debe solamente a un defectuoso orden de palabras en las versiones comunes.

Jesús, al utilizar la palabra «hoy», estaba haciendo hincapié en el momento en que hizo su promesa, y no en la hora cuando Él estaría en el paraíso.

El ladrón arrepentido que fue crucificado con Jesús está todavía muerto y enterrado. Jesús sólo es el primero de los que resucitarán de entre los muertos (Ro. 8:29; Hch. 26:23; 1 Co. 15:23). ¡Pero vendrá el tiempo cuando este hombre sea resucitado también y entre al paraíso de Dios que descenderá a esta Tierra, según fue prometido!

Si usted desea saber cómo puede prepararse para este venidero paraíso de Dios, escríbanos solicitando nuestro folleto titulado ¿Qué es un verdadero cristiano? Se le enviará gratuitamente.

Capítulo 6

¿Dónde están Enoc y Elías?

Enoc fue trasladado para que no viese la muerte. Elías subió al cielo en un torbellino. No obstante, la Biblia revela que ni Enoc ni Elías están en el cielo ahora. ¿Dónde están? He aquí la asombrosa verdad.

¿Dónde está Enoc?

Enoc fue «traspuesto». ¿Adónde fue? ¿Fue llevado inmediatamente al cielo? Jesucristo dijo: «Y nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre ... »(Jn. 3:13). ¡He aquí las propias palabras de Cristo, expresando que nadie, excepto Él, había estado en el cielo!

¿Y cómo lo sabía? ¡Sencillamente porque Él vino del cielo!

¿Entonces dónde está Enoc? Veamos lo que dice la Biblia.

Enoc anduvo con Dios

A la edad de 65 años, Enoc tuvo un hijo al que llamó Matusalén. «Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas» (Gn. 5:22).

He aquí un hombre que agradó a Dios; un hombre que caminó con Dios.

Enoc tuvo fe, porque en Hebreos 11:6 el apóstol Pablo dice: «Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan». Así que Enoc caminó con Dios, le obedeció y le siguió, por fe.

Noé también caminó con Dios (Gn. 6:9). Enoc y Noé no siguieron las costumbres del mundo, las cuales corrompen al hombre y lo extravían de los caminos de Dios (Gn. 6:12). Estos dos hombres demostraron su confianza en el Eterno, andando en los caminos de Dios — haciendo lo que a Él le agrada.

Nadie puede andar con Dios a menos que esté de acuerdo con la voluntad de Él y la obedezca. Amós, el profeta, dijo: «¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?» (Amós 3:3). Así que en su generación, Enoc fue uno de los pocos, o tal vez la única persona, que siguió los caminos de Dios, ¡aunque empleó sesenta y cinco años para aprender cómo caminar con Dios!

Pero, ¿por cuánto tiempo caminó Enoc con Dios? La Sagrada Escritura dice que «caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años». Entonces Enoc anduvo en los caminos de Dios durante tres centurias. Note usted que Moisés no escribió que Enoc está todavía caminando con Dios, sino que caminó con Dios trescientos años. ¡Ni un año más! ¡Entonces Enoc no está aún caminando con Dios! ¿Por qué?

Porque «fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años» (Gn. 5:23). Todos los días de Enoc fueron trescientos sesenta y cinco años. ¡No sólo parte de sus días, sino todos sus días! Si Enoc no murió — si fue hecho inmortal — y así continuó caminando con Dios, entonces sus días serían más de trescientos sesenta y cinco años. Pero la Escritura claramente dice que todos sus días fueron exactamente esos tantos, y no más.

Esta expresión «todos los días de... » es usada en el mismo capítulo cinco de Génesis nueve veces y siempre significa que la persona vivió por ese término únicamente, agregando enseguida la frase: «y murió». Así que Enoc no vivió más de 365 años porque «todos los días de Enoc fueron trescientos sesenta y cinco años». Como sólo vivió ese período de tiempo, lógicamente tuvo que haber muerto.

Pero es que fue traspuesto, dirán algunos. ¿No significa eso que no murió?

Eso es lo que la mayoría descuidadamente supone, sin comprobarlo.

Lo que realmente sucedió cuando Enoc fue trasladado

Recuerde que Moisés no dice que Enoc no murió, sino que: «Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios» (Gn. 5:24). Pablo registra el mismo incidente al decir: «y no fue hallado, porque lo traspuso Dios» (He. 11:5).

Así que la Escritura dice que Enoc no fue hallado porque lo «traspuso» o le «llevó» Dios. La Biblia no dice que Enoc fue al cielo, sino que fue traspuesto; y añade, «y no fue hallado».

Claro que Enoc fue «traspuesto», pero, ¿qué significa dicha palabra?

¡Por extraño que parezca, en ninguna parte de la Biblia la expresión «trasponer» o «trasladar» quiere decir hacer inmortal!

La palabra original en el griego por «trasponer» es *metatithemi*. De acuerdo con el léxico, esto significa: transferir, transportar, trasladar, canjear, cambiar de lados.

Esta misma palabra griega es traducida en Hechos 7:16 como «trasladados». Allí leemos que después de que Jacob murió, su cuerpo fue «trasladado», transportado, al lugar de su sepulcro.

Por eso, Moisés dijo que Dios se llevó a Enoc. Dios lo removió — lo trasladó — y no fue hallado.

En Deuteronomio 34:6 leemos también como Dios, tomó a Moisés de entre el pueblo, después de lo cual murió y fue enterrado por Él, «Y ninguno conoce el lugar de su sepulcro hasta hoy». Dios removió a Moisés — lo trasladó — y tampoco fue encontrado.

Así que, después de todo, Enoc no fue hecho inmortal. Simplemente fue llevado y no fue hallado. ¡Todos sus días fueron trescientos sesenta y cinco años! Ese fue todo el tiempo que vivió Enoc.

Otra prueba de que «trasponer» no quiere decir hacer inmortal, se encuentra en Colosenses 1:13. El Padre «nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo». Aquí la Biblia dice que los cristianos están ya trasladados o traspuestos. Sin embargo, los cristianos siguen aún muriendo. No somos cuerpos inmortales, sino mortales, de sangre y carne. Aunque fuimos una vez parte de la oscuridad de este mundo, ahora hemos sido traspuestos, trasladados, removidos de la oscuridad, hacia la luz del Reino de Dios.

No recibieron la promesa

Enoc es incluido por el apóstol Pablo (en Hebreos 11) entre los patriarcas que alcanzaron buen testimonio por medio de la fe, pero "todos éstos aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido" (He. 11:39) ¿Qué fue prometido?

"La esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos" (vea Tito 1:2). De manera que Enoc es uno de "todos éstos" que todavía no han recibido la promesa de la vida eterna por herencia. Enoc y todos los antiguos que fueron hallados dignos, recibirán la promesa de la vida eterna al regreso de Cristo, al mismo tiempo que la obtengan los cristianos (He. 11:40). ¡Eso es algo futuro!

¡Puesto que Enoc no ha heredado aún la vida eterna, tiene que estar muerto!

¡Esto es exactamente lo que escribe Pablo en Hebreos 11:13! Pablo dice que Enoc murió. Nótelo: «murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido». ¿Quiénes son «todos éstos»?

Pablo nos lo dice: Abel, Enoc, Noé, y los patriarcas y sus esposas. En Hebreos 11:1-12, él menciona aquellos que tuvieron fe, y Enoc es incluido entre ellos. Luego en el versículo 13, Pablo prueba que no habían heredado las promesas al decir: «Conforme a la fe murieron todos éstos [incluyendo a Enoc] sin haber recibido lo prometido».

¿Pero a qué se refiere Pablo cuando dice: «Enoc fue traspuesto para no ver muerte»? (Versículo 5).

¿De cuál muerte escapó Enoc?

Enoc sólo vivió trescientos sesenta y cinco años. Entonces, ¿a qué se refería Pablo cuando dijo: «Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios»? Este versículo en ningún lugar dice que Enoc no murió. Antes bien, dice que Enoc fue traspuesto. ¿Pero qué quiere decir eso?

Recuerde que hay más de una muerte mencionada en la Biblia. Hay una primera muerte y una segunda muerte (Ap. 20:6). ¿A cuál de éstas se refería Pablo?

La primera muerte está decretada para los hombres (He. 9:27). Esta muerte no puede humanamente ser evitada. Es ineludible.

¿Está David en el cielo?

Si el cielo es el galardón o recompensa de los redimidos — el lugar adonde van a morir — deberíamos esperar que David, de entre todos los hombres, se encontraría en el cielo. Dios llamó a David, rey de Israel, "varón conforme a mi corazón" (Hch. 13:22). Y más, en Hechos 7:46 se nos indica que David "halló gracia delante de Dios". No obstante, el apóstol Pedro, en el primer sermón inscrito en el Nuevo Testamento, dijo bajo inspiración: "Varones hermanos, se nos puede decir libremente del patriarca David que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy" (Hch. 2:29). Luego Pedro agrega: "Porque David no subió a los cielos..." (ver. 34). Claro está que David está muerto y sepultado en su tumba, y no está en el cielo. ¡La Palabra de Dios lo comprueba!

En Hebreos 11:32, se le incluye a David entre los que murieron en la fe. Ahora lea el versículo 39 del mismo capítulo: "Y todos éstos, [incluyendo a David] aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos [incluyendo a David] perfeccionados a parte de nosotros"

Hay una referencia a la resurrección de David en Jeremías 30:9: "... servirán [los israelitas] al Eterno su Dios y a David su rey, a quien yo les levantaré". Advierta que este acontecimiento tendrá lugar en un tiempo aún futuro. Ezequiel agrega "... y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre" (Ez. 37:25). Este es el tiempo — todavía por ocurrir — cuando David recibirá su herencia eterna en el Reino de Dios.

Además, no es posible que David esté en el cielo, pues Jesús comentó, más de 1.000 años después de que aquél murió: "Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo..." (Jn. 3:13). Jesús había estado en el cielo. ¡Él sabía quién estaba o no estaba allá!

David sabía y describió lo que al hombre le pasa cuando muere. Él escribió: "Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos" (Sal. 146:4). No hay ni conocimiento ni conciencia en el sepulcro (Ec. 9:5-6,10). Los muertos, dice la Escritura, aguardan una resurrección (1 Ts. 4:15-17; 1 Co. 15:50-52; Dn. 12:2).

¡Está tan claro! David está muerto y sepultado, aguardando la resurrección junto con todos los santos de Dios. En aquel tiempo él recibirá las promesas.

Pero Pablo dijo que Enoc fue traspuesto «para no ver muerte».

¿Habló Jesús de una muerte que se puede evitar? ¡Claro que sí! En Juan 8:51 Cristo dijo: «De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte». Y otra vez en Juan 11:26 dice: «Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente».

Esta es una muerte que se puede evitar bajo la condición de que los hombres guarden los dichos de Jesús y crean en Él. Esta no es la primera muerte, porque los cristianos que guardan la palabra de Cristo sufren dicha muerte. Entonces la muerte que Enoc no verá, tiene que ser la segunda muerte, la cual no tiene potestad sobre los que tomen parte en la primera resurrección (Ap. 20:6). Y Enoc participará en la primera resurrección porque guardó los preceptos de Dios y creyó en Él.

Enoc tuvo fe. Él vivió según su fe en Dios y caminó con Él, obedeciéndole. Al guardar los dichos de Dios, Enoc guardó los dichos de Jesús también; porque Jesús no habló de sí mismo, sino lo que el Padre le ordenó (Jn. 14:10).

Así que Enoc cumplió con los requisitos [las condiciones] para no ver muerte — la segunda muerte que nunca le tocará, por su fe y obediencia.

Dos traslados

Ahora podemos entender Hebreos 11:5: «Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios».

Este pasaje claramente menciona dos traslados.

Examinando este versículo detenidamente, notamos que Enoc tenía fe y fue traspuesto. Esta traslación — transportación — remoción — transferencia — se efectuó bajo la condición de fe. ¿Y qué traslación se menciona en la Biblia bajo la condición de fe? Precisamente la que leemos en Colosenses 1:13. El Padre «nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo».

Esta es una traslación figurativa — una remoción o transferencia figurativa de la oscuridad espiritual de este mundo, a la luz de la familia o el Reino de Dios y Cristo. En Colosenses 1:10 Pablo indica que para vivir en este reino, es menester que «andéis como es digno del Señor, agradándole en todo». Eso es exactamente lo que hizo Enoc. Él caminó con Dios, y le agradó.

Entonces Enoc, al igual que los cristianos, fue libertado del poder del pecado y de las tinieblas en que había vivido durante sesenta y cinco años. Fue removido (traspuesto) de los caminos del mundo y vivió trescientos años más en los caminos de Dios para que heredase la vida eterna al retorno de Jesús y no sufriese la segunda muerte.

Por fe Enoc fue separado — removido o trasladado del mundo, al igual que los cristianos que no deben ser parte de este mundo, aunque viven en él.

Enoc no solamente fue quitado figurativamente de la sociedad de su época, sino que fue también efectivamente removido — traspuesto — para que no fuera hallado.

Dios lo sacó físicamente de entre la gente, tal como después se llevó a Moisés. ¡Dios los enterró de tal manera que ninguno de los dos ha sido jamás encontrado! Enoc había terminado esta presente vida normal. «Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años».

Dios dio esta señal del traslado físico de Enoc como un tipo para todos aquellos que más tarde seguirían su ejemplo de fe. Él fue removido físicamente de entre la gente, tal como los cristianos tienen que ser removidos, trasladados espiritualmente de los caminos de este mundo. La traslación física de Enoc fue también una señal para él, de parte de Dios, para manifestarle que su fe había sido aceptada; Dios con alguna frecuencia da señales (Is. 38:7).

Al igual que todo verdadero santo, Enoc está aguardando la esperanza de la resurrección y el retorno de Cristo. (Judas 14, 15).

¿Fue Elías al cielo?

Se dice que Elías fue al cielo. ¿Entonces qué quiso decir Jesús cuando expresó en Juan 3:13: «Y nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo»? ¿Es esto una contradicción bíblica o en realidad ascendió Elías al cielo donde está el trono de Dios?

De la propia aseveración de Jesús, obtenemos la prueba absoluta de que ningún hombre ha ascendido al cielo, al trono del Padre Eterno, excepto Jesús mismo, quien descendió del cielo (Jn. 6:38) y está ahora a la diestra del Padre en el cielo (He. 8:1).

¿Cuál cielo?

¡Hay varios cielos mencionados en la Biblia, no solamente uno! Y si, como dijo Jesús, ningún hombre — incluyendo a Elías — ha subido al cielo, entonces el lugar al que Elías fue llevado era un cielo distinto.

¿Cuál cielo era?

Hay un cielo donde está el trono de Dios, en el cual Jesús permanece hoy. Cristo, siendo el Sumo Sacerdote de Dios, es el único que tiene el derecho de estar en ese cielo con el Padre. Los capítulos 8 y 9 de Hebreos explican que el tabernáculo terrenal durante el período del Antiguo Testamento, con su Lugar Santísimo, era tipo del trono de Dios en el cielo. Sólo al sumo sacerdote — tipo de Cristo, nuestro Sumo Sacerdote en la actualidad — le era permitido entrar.

La palabra «cielo» también quiere decir la extensión de este gran universo — el espacio donde se encuentran el Sol, la Luna, las estrellas, los cometas y los planetas. Cuántas veces encontramos al salmista admirando los «cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste» (Sal. 8:3; vea también Gn. 1:15-17).

Además del cielo astral, encontramos que la atmósfera, el aire que rodea este mundo, es también llamado cielo. Los pájaros vuelan en medio del cielo, (claro que no se trata del cielo donde está el trono de Dios) porque leemos en Génesis 1:20 «aves que vuelan sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos», y Moisés se regocijó al decir: «sus cielos destilarán rocío». (Dt. 33:28).

Aquí el cielo sólo puede significar la atmósfera donde vagan las nubes y el viento. Todos nosotros estamos respirando en este momento el aire del cielo.

Puesto que Elías no pudo haber ido al cielo donde está el trono de Dios, entonces, ¿a cuál de los cielos fue? porque en la Escritura se lee: «y Elías subió al cielo en un torbellino» (2 R. 2:11).

La respuesta debe ser más que obvia porque él «subió al cielo en un torbellino». No pudo haber existido un torbellino en ningún otro lugar, sino en la atmósfera que rodea a este mundo — en el cielo donde vuelan los pájaros. Sin duda todos hemos visto la fuerza de succión que tiene un torbellino. Si grandes árboles pueden ser arrancados de raíz y lanzados al aire, no sería gran proeza para el Eterno levantar a Elías por ese mismo medio.

¿Por qué fue levantado?

Hubo una razón por la cual Dios obró de esta manera tan excepcional. ¿Por qué Dios levantó a Elías llevándolo hacia la atmósfera? ¿Fue para hacerlo inmortal? No, la Escritura no dice eso. Los profetas de la antigüedad no recibieron ninguna promesa de inmortalidad antes de, o aparte de nosotros. Y nosotros la recibiremos cuando Cristo vuelva (He. 11:39-40).

Elías no fue hecho inmortal, porque eso le daría preeminencia sobre Jesús. Pero ¿qué dice la Biblia? 2 Reyes 2:3 y 5 nos da la respuesta.

Note lo que los hijos de los profetas dijeron a Eliseo: «¿Sabes que el Eterno te quitará hoy a tu señor de sobre ti?» Cristo es Jefe de la Iglesia hoy, tal como era Elías jefe de los hijos (o discípulos) de los profetas en aquel entonces. Pero Dios quería que Eliseo dirigiera su obra, después de la muerte del rey Ocozías (2 R. 1:17).

Entonces, ¿qué hizo Dios?

No podía Él permitir que Elías estuviera entre la gente mientras Eliseo, ahora dirigía la obra. ¡Eso hubiera sido lo mismo que declararlo incapaz! Puesto que Elías no estaba para morir todavía, y como Dios nunca quita de su oficio a un hombre que esté ejecutando bien su deber (Ro. 11:29), lo único que pudo hacer Dios fue remover a Elías para que otro pudiera cumplir el oficio como profeta del Eterno.

Esto es lo que Dios hizo. Cuando Elías fue levantado, su manto cayó y Eliseo lo recogió. Vea 2 Reyes 2:12-15. Y ¿qué significa el «manto»?

En el Comentario de la Santa Biblia por Adam Clarke (Kansas City: Casa Nazarena de Publicaciones, 1974), notamos que: «El hecho de que él tenía el manto era una prueba de que había sido investido con la autoridad y la influencia de su maestro» (Vol. 1, Pág. 447).

El propósito de Dios al remover a Elías fue reemplazarlo con otro hombre que pudiera llevar a cabo su obra en Israel por otros cincuenta años. Esta obra tenía que empezar bajo un nuevo rey, porque Ocozías acababa de morir; y Elías ya estaba envejeciendo. Así que, para no hacerlo parecer como incapaz ante el pueblo, Dios tomó a Elías de entre los hijos de los profetas y de entre el pueblo, permitiendo que el manto, que significaba el oficio de Elías, cayera en las manos de Eliseo. De esta manera Dios preservó el nombre y el oficio de su profeta del posible menosprecio del rey.

¿Cómo fue levantado?

Después de haber cruzado el Jordán, cerca de Jericó, Elías fue levantado por un torbellino, en lo que parecía ser un carro y caballos de fuego — significando la omnipotencia de Dios y los ángeles en acción. El violento movimiento del aire arrebató el manto del profeta cuando le estaban viendo ascender al cielo. Usted probablemente recuerda haber leído la promesa de Elías, acerca de que Eliseo tendría doble porción del Espíritu de Dios si el Eterno le concedía ver cuando fuera levantado. Todo esto quería decir que Eliseo sería el jefe, el nuevo guía, amo o cabeza de los hijos de los profetas, tal como la doble porción era el derecho del primogénito (2 R. 2:9-10).

Después de haber ascendido en el aire, Elías fue llevado más allá de la vista del nuevo jefe — más allá del horizonte. Pero...

¿A dónde fue Elías?

Esto ha sido un enigma para muchas personas.

Elías no subió al trono de Dios. ¡Jesús así lo dijo! Y ni tampoco él podía permanecer por siempre en el aire. Y Dios no dijo que Elías iba a morir en aquel tiempo. Si así hubiera sido, Eliseo podría haber tomado su nuevo oficio sin quitar a Elías, porque sabemos que Eliseo murió en su oficio después de cumplir su deber (2 R. 13:14, 20).

Los hijos de los profetas que sabían que su maestro iba a ser removido, también sabían que Elías no iba a morir en ese tiempo. Por eso temían que el Espíritu de Dios que se llevó a Elías, lo hubiese «echado en algún monte o en algún valle» (2 R. 2:16). Eliseo sabía que Dios protegería a Elías de una caída, pero por la insistencia de ellos, permitió que algunos hombres fueran a buscarlo — en vano.

¡Elías se había ido!

Y, ¿a dónde? Es obvio que el torbellino que Dios usó no pudo llevarlo más allá de la atmósfera terrestre. El relato bíblico tampoco indica que Elías quedó en el aire.

La contestación se revela

Adelantémonos unos cuantos años y veamos qué eventos adicionales registra la Escritura. El hijo de Acab, rey de Israel, Joram, o Jehoram como también es llamado, comenzó a reinar en el año 853 a. de J.C. Durante el reinado de este monarca, Eliseo fue el profeta autorizado de Dios (2 R. 3:11). En el quinto año de Joram, rey de Israel, el hijo del rey de Judá, cuyo nombre era también Joram, comenzó a reinar junto con su padre en Judá (2 R. 8:16). Lo primero que hizo al establecer su reino, fue matar a espada a todos sus hermanos y también a algunos de los príncipes de Israel para que no le quitaran el trono (2 Cr. 21:4). Después de esto, siguió en el camino de las naciones vecinas, e hizo lo malo ante los ojos de Dios. Entonces los edomitas se rebelaron contra su reino.

Diez años habían pasado ya desde que Elías fue quitado de entre el pueblo. Pero, ¿qué cree usted que ocurrió en aquella época?

¡Llega una carta procedente de Elías!

Sí, después de este gobierno inicuo del rey judío, Dios escogió a Elías para escribir una carta y enviarla al rey. El contenido de la carta se encuentra en 2 Crónicas 21:12-15. En parte dice: «Por cuanto no has andado en los caminos de... tu padre... sino que has andado en el camino de los reyes de Israel... además has dado muerte a tus hermanos, a la familia de tu padre, los cuales eran mejores que tú; he aquí el Eterno herirá a tu pueblo... y a ti con muchas enfermedades, con enfermedad de tus intestinos hasta que se te salgan a causa de tu persistente enfermedad». Por los términos de la carta, se entiende que Elías la escribió después de que estos sucesos ocurrieron, porque habla de ellos como eventos del pasado, y de la enfermedad, como algo del futuro.

Y esto aconteció diez años después de que Elías fue levantado y llevado a otro lugar por el torbellino.

El hecho de que Dios usara a Elías para comunicar el mensaje es muy razonable, porque él era el profeta de Dios durante los días del padre del rey actual — y el hijo no estaba siguiendo los pasos de su obediente padre Josafat.

La carta entregada por otros, fue reconocida como procedente de él — patentizando que todavía vivía. ¿Cuánto tiempo adicional vivió? La Biblia no lo menciona. Pero puesto que «está establecido para los hombres que mueran una sola vez», sabemos que Elías murió algún tiempo después (vea Hebreos 9:27). El profeta, siendo humano mortal como nosotros, no pudo haber vivido mucho después de sus setenta años.

Suponer que Dios le dio el poder de una vida perpetua es leer en la Biblia lo que no está en ella. Él era mortal, sujeto a la muerte, y después de haber sido levantado al cielo atmosférico, vivió el resto de su vida en algún otro lugar sobre la Tierra, como cualquier ser humano, antes de morir en forma natural.

¿Estaba Elías en el monte?

Los únicos textos que quedan y que confunden a la gente, son los relativos a la aparición de Moisés y Elías sobre el monte de la transfiguración con Jesús. Este relato se encuentra en Mateo 17:1-9, Marcos 9:2-10 y Lucas 9:28-36.

Al descender de la montaña, Jesús dijo a sus discípulos: «No digáis a nadie la visión» (Mt. 17:9). Una visión no es la realidad, sino una fotografía o escena en la mente, puesta allí sobrenaturalmente, en este caso, por Dios.

Moisés murió, y fue enterrado (Dt. 34:5-6). Tanto él como Elías estaban aún muertos en sus sepulcros, pero en visión ellos y Jesús fueron vistos en la gloria de la resurrección — un hecho que ni Moisés ni Elías han alcanzado (He. 11:39). La visión fue concedida a los discípulos después de que Jesús les había contado de la gloriosa inmortalidad en el Reino venidero.

¡Qué clara es la Biblia! Elías está muerto en el polvo de la tierra, aguardando la resurrección de los justos. Elías, algunos años después de haber sido cambiado de sitio por medio de aquel torbellino, murió y fue sepultado, ¡pero se levantará de la tumba para vivir por la eternidad!

¿Por qué fueron «todos los días de Enoc» sólo 365 años?

LA LONGEVIDAD DE LOS PATRIARCAS ANTES DEL DILUVIO

ADÁN	930
SET	912
ENOS	905
CAINAN	910
MAHALALEEL	895
JARED	962
ENOC	365
MATUSALÉN	969
LAMEC	777
NOE	950

Años

300

400

500

600

700

800

900